

APAKTONE



APAKTONE

APAKTONE

Autor:

Fr. Joaquín Barriales, OP

Fotos:

Archivo Misioneros Dominicanos - Lima

Primera edición:

Secretariado de Misiones Dominicanas del Perú, Madrid, 1973

(ISBN: 84-4005875-6)

Segunda edición: Lima, diciembre 2017

© Centro Cultural José Pío Aza

Jr. Callao, 574 Lima 1

www.selvasperu.org

© Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP)

Av. González Prada 626, Lima 17

www.caaap.org.pe

Cuidado de edición:

Betsheba Gil

Diseño y diagramación:

Sonimágenes del Perú S.C.R.L.

adm@sonimágenes.com

www.sonimágenes.com

Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-17625

Se terminó de imprimir en diciembre de 2017 en:

Sonimágenes del Perú S.C.R.L.

Av. Gral. Santa Cruz 653. Of. 102, Jesús María, Lima - Perú

Teléfono: (511) 277-3629 / (511) 726-9082



Recibí el Orden sacerdotal el 26 de julio de 1916. Canté la primera misa el 4 de agosto de 1916. Llegué al Perú el 21 de enero de 1917.

Las circunstancias de mis primeros encuentros con los nativos fueron el estado de beligerancia, hostilidad y persecución que desde tiempo inmemorial tenían con ellos los caucheros e industriales; choques y odios a muerte de unas tribus con otras debido a lo cual se había creado un estado de miedo y aborrecimiento pavoroso hacia ellos, y la menor idea de internarse en la selva, morada de las tribus, para llevarles un mensaje cristiano, era, si no utópico, sí considerado arriesgadísimo.

Llegué hasta ellos y fue tal el asombro que les causó el verme, a mí, solo entre ellos, hablándoles en su lengua, que logré lo que nadie había soñado, allanar miles de dificultades e ir planeando las bases de pequeñas misiones.

Los primeros contactos fueron con los de la tribu Huaraya; siguió la Toyeri e Iñapari; y en 1940 emprendimos las exploraciones al río Colorado con los, hasta entonces, "feroces" Mashcos.

En mis planes, con el auxilio de Dios, no habrá cambios jamás. Como buen soldado siempre en la brecha, o aquí en Lima curándome de mis quebrantos, pero siempre alerta a la voz de mando que me ordene o me permita volver a mis bosques al lado de mis hijos de la selva, mis princesas y sarnositos; o aquí al lado de Santa Rosa en donde siempre he encontrado a manos llenas medios espirituales y materiales para seguir mis planes misionales mientras el Señor me de vida.

SHIRINGA

Desde mediados del siglo XIX los buscadores del caucho invadieron toda la Amazonía. No les atemorizaron ni los ríos caudalosos, las bulliciosas quebradas, la selva virgen, ni las fieras, las distancias, ni la braveza de los "salvajés".

Nunca como hasta entonces la misteriosa y escondida selva, las vastas regiones de llanura infinita y verde, había provocado a los hombres con el señuelo del oro, y esta vez el "oro negro" y el "oro blanco" de la goma.

Regiones inmensas que guardaban culturas exóticas de antepasados milenarios apenas visitadas por los Incas, los conquistadores y los misioneros, se abrieron ahora a una aventura y un ansia nueva con la explotación de la inusitada riqueza.

Miles de hombres con ánimo decidido, desafiando penalidades sin cuento, corrieron tras la fiebre del caucho. Por toda la selva cuadrillas de hombres palúdicos caminaban día y noche, en las trochas húmedas, entre pacales y aguajales, al lado de los cedros y lupunas, sangrando los árboles de caucho y shiringa, cortando las rugosas cortezas en incisiones oblicuas al extremo de las cuales colocaban las tichelas para recoger el látex blanco de la goma.

Por conseguir la riqueza vivieron en la más absoluta miseria, moral y física, y no salieron de ella. Sin otro horizonte que las copas de los árboles o los espigones del río.

Día y noche los milenarios castaños, el mashonaste y el huasai, la palmera real y los bejucos vieron languidecer a aquellos hombres entre el sudor de sus cuerpos, las abejas y las hormigas, anudada la camisa a sus vientres hinchados de parásitos, entre odios y rencores, aspiraciones y sueños imposibles.

El patrón y el capataz vivían también el ansia del triunfo, héroes anónimos de la industria, siendo su mejor compañero el whisky. Vejeciones y desprecios fueron su idioma, pantanos y moscos su geografía en aquella cárcel verde interminable. Riñas a machete y a tiros de winchester por unos litros de látex blanco o por una mujer y orgías a la venta del producto de aquellos árboles que sabían llorar.

Todo el Bajo Amazonas se llenó de risas, apuestas, trabajo, viajes. Iquitos, capital amazónica, vivió días de riqueza, ruina y miseria a un mismo tiempo. Una Babel cosmopolita y bullanguera.

Por el Alto Amazonas comenzaba a llegar el clamor de los motores y la búsqueda ansiosa de nuevos árboles. La selva fue pródiga en ellos.

APAKTONE

Solamente una región permanecía oscura y silenciosa: el Amaru-Mayo de los Incas, el Madre de Dios.

En el año 1851 el padre Rebello publicó un folleto sobre tan misteriosas y desconocidas regiones, que él mismo visitó, consiguiendo despertar el entusiasmo por descubrir el verdadero curso de tal río. La gloria estaba reservada al noble coronel peruano Faustino Maldonado, quien arriesgó su vida recorriendo todo el Madre de Dios, sufriendo diversos ataques de los indígenas, hasta llegar al Cayarí o Madeira en el que perdió la vida ahogado en la cachuela denominada Calderón del Infierno.

Todos los afluentes del río Ucayali ya estaban poblados de centros caucheros, por lo que, en 1894, algunos atrevidos afrontaron la surcada del río Urubamba y se introdujeron por sus afluentes, el Sepahua y el Mishahua. Carlos Fermín Fitzcarrald, el "Rey del caucho", pasó por las cabeceras del Mishahua cruzando el varadero al río Manu y aunque creyó que había llegado a las cabeceras del río Purús se desengañó al encontrarse en Bolivia siguiendo río abajo. Su ruta lleva hoy el nombre de istmo de Fitzcarrald. Había recorrido el Madre de Dios.

Apenas se sembró la noticia de esta entrada todos los afluentes del Madre de Dios se vieron en poco tiempo sorprendidos por los golpes de los machetes. Como el viento corre la voz, contando maravillas del fabuloso Amaru-Mayo o río de la Boa, y ciertamente sus bosques encerraban muchos millones de los codiciados árboles del caucho y de la goma fina.

En la prefectura de Iquitos el año 1901 presentó un informe sobre la región el señor Ernesto Rivero provocando una riada y avalancha de caucheros. Varias expediciones científicas dieron como resultado la incorporación del Madre de Dios a la nación iniciándose su vida política, administrativa y jurídica.

Por Sandía ingresó Juan S. Villalta, comisionado por la Junta de Vías Fluviales de Lima, y bajó hasta Puerto Maldonado donde estableció la primera comisaría. El año 1910 el supremo Gobierno la elevó a delegación especial y en 1912, habiéndose creado el departamento de Madre de Dios, quedó Puerto Maldonado consagrado como capital con todas sus autoridades.

Toda la cuenca del Madre de Dios se pobló con rapidez inusitada, así como la de los ríos Manuripe,

Tahuamanu, Acre y Purús. El Istmo de Fitzcarrald fue el más transitado. La compañía Sousa & Vargas abrió otro varadero al Manu denominado Honoria. Del Manu al río Blanco se abrió el varadero Santa Marta, y posteriormente se habilitaron los del Manuripe a Puerto Rímac, en el Madre de Dios, del Tahuamanu al río Acre, del Piedras al Manuripe y del Piedras al Purús.

En el año 1902 se abrió el derrotero vía Tirapata con el camino de la Inca Minning Co. y de la Inca Rubber Co., así como la trocha de la Casa Forga y Hermanos al río Tambopata.

Procedentes de Iquitos, por los varaderos Fitzcarrald y Honoria pasaron lanchas a motor y motores "fuera borda" que hicieron de Puerto Maldonado una ciudad cosmopolita, donde cientos de canoas movilizaban día y noche a los caucheros. Por toda la extensión del Madre de Dios sonó el ruido de los motores, el golpear de los "mashchadiños" y el febril comercio de todo tipo de útiles y baratijas. Varias casas comerciales asentaron sus reales, así como las industriales que contrataron peones, shiringeros, braceros y recaderos. La más importante fue la del asturiano-español Máximo Rodríguez quien se extendió en una vasta red de campamentos estratégicos: Balta, en Maldonado; Santa Rosa, en el Manuripe; Fortaleza, en el Muyumanu; Iberia y San Lorenzo, en el Tahuamanu; Yaverija, en un afluente del Acre; y la casa central en Iñapari, puesto fronterizo con Brasil y Bolivia.

En el Alto Madre de Dios se asentó la Paucartambo Rubber; en el Manu la Casa Comercial de Bernardino Perdiz; en el Alto Manu la Baldomero Rodríguez; en el Tambopata la Compañía Inca Rubber y varias más que ayudaron al movimiento económico de tan singular época: Braillard, de Francia; Paulsen, de Alemania y las casas Hidalgo-Hidalgo, Ipinza Vargas, Rivera, Carlos Scharf, Bartra, Izurieta, etc.

Todos los varaderos conocieron el afán de los porteadores que churampaban las bolas de shiringa, jebe y caucho para hacerlas llegar hasta Iquitos. Los regatones hacían cambalaches con el personal de todas las compañías. Se hicieron los caucheros amigos del lujo y los licores finos, vendían el caucho de sus patronos al primer postor y por los caprichos más diversos, no faltando querellas, descontentos, sublevaciones y asesinatos.

Entre tantos patronos hubo muy nobles caballeros que supieron respetar a su gente, trabajaron incansablemente por el progreso y desarrollo de la zona. Pero destacaron más los que llevados de la ambición en aquella fiebre loca abusaron de sus prerrogativas, aherrajaron a los siringeros, esclavizaron y vendieron "cholitos", y hasta jugaron al tiro al blanco con los pobres infelices que cayeron en la trampa de aquellas verdes soledades.

La shiringa era la reina, palabra mágica de todo aquel maremágnum. Todo lo movía, todo lo podía, siendo el centro vital de una región hasta entonces olvidada y oscura. Se labraron fortunas y abundó la miseria. Se quebraron ilusiones y la feliz muerte guardó el secreto de aspiraciones, sudores, paludismo, hambre y odios. La ley de la selva fue la shiringa y su ahumada voz el winchester 44.

Efímera gloria la del caucho del Madre de Dios. En muy pocos años lo que fue trajín y actividad, movimiento y derroche, fue volviendo al silencio de donde partió. Quebraron firmas. Se retiraron cuando el precio del caucho fue irrisorio y, poco a poco, como quien vuelve de la batalla perdida, se fue despoblando el Madre de Dios. Quedaron los que, en su ansia, soñaron con otro progreso y otro desarrollo aún hoy lento, pausado, pero más firme y duradero.

La retirada no fue muy pacífica. El blanco látex del árbol de la shiringa se mezcló con la sangre roja de los caucheros. El magnate Máximo Rodríguez, quien tenía en su haber gloriosas batallas contra invasores bolivianos en las regiones del Manurípe, quien había defendido las fronteras del Perú en sangrientas luchas, vio también deshacerse, con la baja del precio del caucho, aquel movimiento industrial. Los empleados del señor Perdiz, que gustaron el fracaso en el Alto Manu, pretendieron recoger a sus caucheros, trocheadores y peones para bajarlos sigilosamente, al amparo de la noche, en balsas hacia Bolivia. La guarnición de Puerto Maldonado lo impidió en la misma confluencia del Tambopata con tiroteo graneado y el beneplácito de los mismos que por la fuerza eran llevados como esclavos a país extranjero. La retirada hacia el Manu y la desbandada provocó rencores, odios y verdaderas orgías de sangre. Asesinado murió Baldomero Rodríguez; asesinado fue Carlos Scharf y sus empleados; asesinado fue el señor Perdiz; asesinada la época de gloria y esplendor cauchero en el Madre de Dios.

Permaneció la zona de goma fina defendida por Máximo Rodríguez como patrimonio del Perú, pero el inmenso Madre de Dios volvió al silencio de sus bosques. Por doquier casas y tambos en ruinas, montones de tichelas y tinajas de bronce oxidadas entre las enredaderas, bejucos y malezas, bateas agujereadas, caminos y patios empedrados de cascotes de botellas de Whisky escocés. Se cerraron las estradas y trochas por el poder húmedo de la selva y quedó la reina siringa desamparada, sola...

GANTACHÍRIRA

Una secuela acompañó al caucho y a la siringa. Alguien más, en el silencio de la selva, lloró. Por el río Tambopata fueron hostilizados los hijos de la selva de la tribu Huaraya; por el Alto Madre de Dios los Mashcos y Machiguengas, y en las redes de la más abyecta esclavitud cayeron Campas, Huitotos, Amahuacas y cuantos hijos de la llanura virgen poblaban las márgenes de sus ríos y quebradas. En el año 1903, el primer comisario de Madre de Dios, Juan S. Villalta, escribía crudamente en su Memoria al Supremo Gobierno: "TRÁFICO DE SALVAJES. Costumbre inveterada ha sido en algunos industriales del Bajo Madre de Dios (y del Alto también, puedo añadir) al surcar

los afluentes de este río, a viva fuerza, extraer a los chunchos que los habitan para comerciar con los que quedan vivos, vendiéndolos al precio de soles 200 a soles 400 cada individuo. Este proceder naturalmente infundió pánico en los referidos naturales, motivo por el cual viven en las partes altas o cabeceras de los ríos Tambopata, Inambari y otros..."

Pese a la rectitud del comisario no cesó el negocio, aunque al menos se atenuó en su parte más descarada y pública, pero a espaldas de la autoridad, fácil de eludir en regiones tan apartadas, ni un momento dejaron de repetirse los casos. Desde el primer momento en que los misioneros dominicos ingresaron en aquellas zonas, levantaron su voz de protesta, sufriendo por ello animosidades, amenazas y no pocas calumnias.

Se llamaban "correrías". No era otra cosa que auténticos safaris en busca de hombres y mujeres. Matanzas y robos, a veces disfrazados también de "nobles contratos": un regalo de un machete, una camisa o un pantalón fue suficiente señuelo para establecer una deuda que exigía trabajo y terminaba en venta. Tales regalos eran los primeros números de una cuenta que jamás podía pagar el hijo de la selva y que establecía una auténtica cadena que el infeliz arrastraba toda su vida.

Los que vivían en manos de patronos se embrutecieron con la cachaza (aguardiente de caña) y se habituaron al crimen. Cualquiera puede traducir el significado de estas palabras dichas por un indígena de la tribu Campa: "Patrón mandar ir correría. Patrón decir no haber plata, tener que agarrar gente para vender. Nosotros ir, ahora chapamos paisanos. Otros querer huir monte, entonces nosotros matar". Como rebaños de animales fueron llevados los Machiguengas del Alto Madre de Dios al río Tono y entregados allí en pago de deudas atrasadas. Después van pasando de dueño en dueño, como se fletan o venden las mulas de carga. Ante las denuncias de los misioneros el supremo Gobierno prepara un Decreto Ley cuyo primer artículo dice: "Quedan prohibidas las correrías". Pero Lima está muy lejos, demasiado lejos...

Gantachírira es la voz machiguenga que significa "el que mata". A esta voz se produjeron desbandadas y huidas nerviosas hacia el interior de los bosques y al amparo de las laderas infranqueables de las cabeceras de los ríos. Lejos del Gantachírira, al que se odia, buscando los refugios inviolados de la madre selva.

Y hubo represalias. Quienes perdieron hijos y esposas, y pudieron huir, nunca desecharon la oportunidad de gustar el dulce sabor de la venganza sobre quienes se atrevieron a profanar sus nuevos reinos, aun inocentemente.

Surgió una oscura leyenda de crímenes y ferocidad contra los hijos de la selva. Las noticias escandalizaron a los ciudadanos capitalinos que



se preguntaban: ¿Quiénes son esos feroces salvajes? Aún hubo alguno que programó unas buenas batidas aéreas con bombas lacrimógenas para amedrentarlos y “limpiar” el terreno de tales alimañas, dejando paso a la “civilización” y el progreso.

El odio implacable contra el blanco, que los esclavizó, abusó de sus mujeres, cambió a sus hijos por un poco de sal y organizó matanzas masivas, duró más que la fiebre del caucho. Diezmados y reducidos a su selva virgen transmitieron a sus hijos las glorias y excelencias del “progreso civilizador” del blanco en leyendas y canciones.

En el río Bahuaja o Tambopata, el Madre de Dios y el Heath quedaron reductos de Huarayos. En Palma Real, los Toyeris; en el Colorado y Alto Madre de Dios, los Mashcos; en el Alto Manu y Palotoa, los Machiguengas; en el Alto Urubamba, otro grupo de Machiguengas; en el Bajo Urubamba, los Piros, Amahuacas y Campas; en el río Purús, los Sharanahuas, Mashtanahuas, Culinas; en el Alto Inuya y Mapuya, los Yaminahuas; en el Piedras, los Iñaparis, etc. Un maravilloso mosaico de grupos culturales amazónicos, en continua beligerancia mutua y familiar, animados todos ellos por el mismo odio y terror al blanco, a su codicia y a sus enfermedades.

Quedaron allí, abandonados en la agresiva floresta, madre de sus preocupaciones, costumbres y anhelos, sin soñar con una palabra amiga.

JOSÉ ÁLVAREZ

El vapor español “Montevideo” arribó al puerto del Callao, en el Perú, el día 21 de enero de 1917. En él viajaba José Álvarez, sacerdote dominico, ahora misionero.

Desde el viejo solar asturiano había pasado al convento en busca del sacerdocio y hubo de adelantar sus estudios para viajar al Perú, hacia una aventura a lo divino. En su corazón un solo anhelo: la selva y sus hijos para Dios.

¡Qué podríamos decir de un hombre que por espacio de cincuenta y tres años vivió en las selvas vírgenes del Madre de Dios, en el Perú! Un hombre culto, vivaz, delicado, amante de la conversación y la música clásica, religioso de comunidad, ordenado y meticoloso, y, por señalar alguno de sus defectos, miedoso y sin saber nadar, que peregrinó solo por los tupidos bosques y los caudalosos ríos amazónicos, día y noche, en oscuras trochas y quebradas, durmiendo en las playas y entre las aletas de los corpulentos sihuahuacos, sin otra compañía que el Breviario y el Rosario.

Nos es imposible describir toda la epopeya, casi mítica, de este hombre con barba “que se resiste a ser blanca”, impulsado por una vocación a la que entregó su vida íntegra, siempre al servicio de los hijos de la selva. Como prototipo del auténtico misionero de la Iglesia, héroe legendario, escribió, con su vida, una página imborrable de la amazonía peruana.

Se identificó con los hijos de la selva olvidándose de sí mismo y se insertó en ellos para descubrirles la presencia oculta de Dios, en sus costumbres, ritos e historia. Habló sus idiomas y vivió el compromiso serio y formal de servirles hasta sus últimas consecuencias haciéndose uno de ellos, durmiendo en sus tambos, comiendo con ellos, riendo y llorando con ellos.

Se arriesgó en mil peligros por encontrarse con los grupos más alejados y recorrió estas selvas palmo a palmo, en cientos de expediciones y viajes. No hubo secretos para él ni en el Huarayo, ni en el Mashco, ni en el Amarakairi.

Cuando el padre José Álvarez llegó al Perú, en 1917, para internarse en el Madre de Dios, comenzaban estas selvas a despoblarse de compañías industriales, comerciales y caucheros. Como él mismo escribía “entrar a la selva era arriesgadísimo, temerario y absurdo, y más, teniendo en cuenta el estado de hostilidad de los nativos contra los blancos”. Pero

él les llevaba la palabra amiga no pronunciada, en su propio idioma, hasta sus mismas viviendas y refugios, estuvieran donde estuvieran.

No fue labor de un día sino cincuenta y tres años los que empleó el padre José en calar dentro del alma indígena y hacer brillar en ella la presencia de Dios. Fue tildado de loco, aventurero, payaso y quijote, y se ganó la fama de santo por su sencillez, humildad, alegría y heroísmo.

Descubrió trochas, ríos y quebradas desconocidos del Madre de Dios. Develó el secreto milenario de culturas, costumbres, creencias y tradiciones ancestrales de los hijos de la selva que hasta entonces sólo fueron conocidos como mano de obra útil o fieras del monte, y amó al Perú a través de sus hijos más desvalidos.

Ahora arribaba al Perú de sus sueños, joven y animoso, decidido a comenzar desde el primer día una labor sistemática y uniforme: ser misionero. Vivió unos días en Lima al calor del santuario de Santa Rosa, ahondando en su llamamiento, con el espíritu de la santa limeña, hermana de hábito y patrona de su actividad en la ya inmediata Amazonía.

Entonces no era fácil llegar hasta Puerto Maldonado. Lo que hoy apenas cuesta unas horas de vuelo fueron para él y sus compañeros de viaje sólo treinta días de camino. Por barco desde Lima hasta Mollendo; ferrocarril hasta Arequipa y Tirapata; lomo de mulas para los cerros y precipicios que separan Tirapata de Astillero en el Alto Tambopata; y canoa hasta Maldonado, donde llegaron el 5 de abril de 1917, Viernes Santo, fiesta simbólica para una vida de auténtico sacrificio. Al fin estaba allí la selva majestuosa, su patria.

Comienza el padre José a conocer la realidad de la selva en aquella época de fugas aceleradas, cuando ríos y quebradas volvían de nuevo a su olvido milenario. Establece sus primeros contactos con algunos indígenas, resto de peones y braceros de lo que fue agitada época. Le cuentan con lágrimas en los ojos su historia; su vida, sus problemas y el corazón joven escribe en sus primeras cartas: "En presencia de estas desgracias, inevitables muchas veces para nosotros, es en donde el misionero siente verdaderamente torturas y martirios que oscurecen el alma de tristeza y hacen derramar sangre al corazón. Aquí es donde se siente con toda intensidad el amor de padre que Dios nos ha comunicado juntamente con la vocación de salvarlos y dar la vida por ellos si fuera necesario".

Ya está en Puerto Maldonado y comienza a preparar su plan de trabajo, la forma de entregarse de lleno, como un soldado buscando la mejor estrategia. Emprende sus primeros viajes por el Madre de Dios, el Tambopata, el Heath, anotando cada quebrada donde hubiera algún hijo de la selva, trazando mapas y anotando palabras nativas como un tesoro. No hay prisa, primero prepararse, observar, anotar, ver.

TAHUAMANU

El día 7 de abril de 1918 un correo del río Tahuamanu llega hasta Maldonado. Es una súplica a monseñor Zubieta para que envíe un misionero hasta aquellos centros, entre los ríos Tahuamanu y Acre. Lo traen tres indígenas maritineris. La suerte está echada: irá el padre José Álvarez.

No hay porqué esperar y al día siguiente es la salida. No hay nada que preparar cuando el corazón lo está. Como en todos sus viajes acostumbra a despedirse de las madres dominicas misioneras para pedirles oraciones: "Esta despedida, de escasa significación para muchos, para nosotros, llenos por todas partes de peligros, ofrece muy particular importancia. Sus fervientes oraciones, valiosos sacrificios, son una fuerza misteriosa que sostiene en las penas y da valor en medio de los más inminentes peligros. Bien saben ellas, nuestras hermanas misioneras, que han sido enviadas aquí para ser la salvación de innumerables almas. Por eso tengo tanta fe en sus oraciones".

Se arrodilla a los pies del padre Juan Suárez Dóriga para pedirle su bendición. Los correos a Lima también van lentos y deja escrita una carta antes de internarse en la selva e incomunicarse por mucho tiempo: "Voy resuelto a todo lo que la Providencia decreta sobre mi suerte, tanto para sufrir padecimientos como para recibir consolaciones. Emprendo mi viaje, ávido de sucesos, de acometer empresas arriesgadas, de ponerme en comunicación y familiarizarme cada vez más con los hijos de la selva, de ver y estudiar con detención sus creencias y los usos y costumbres que los caracterizan y que siempre son interesantes y dignos de que se los tenga en consideración".

Indicó a los nativos que no tuvieran prisa en el viaje. Deseaba viajar con ellos y a su estilo. Así lo hicieron desde el primer momento. Se detenían para cazar y pescar donde quiera que les parecía oportuno, durmieron en las playas alrededor del fuego o velaron sentados espantando zancudos. Cuando no conversaban, en la canoa, rezaba su Breviario. Allí, con tan buenos compañeros, encontró sabroso el mono y la pucakunga, agradable y delicioso el masato guardado en sendos poros, comieron y cenaron tortuga y colas de lagarto. En los atardeceres encostaban en la mejor playa, ya que era peligroso viajar de noche por las muchas boas que había en el río y de las que decían haberse comido mucha gente.

Los tres maritineris encontraron en él al mejor compañero de viaje. Les contó cómo se formaron los bosques, quién hizo el sol y la luna y porqué lo hizo. Muchas veces dejaron de navegar porque preferían escucharle y preguntarle, enseñarle ellos el modo de hacer esto o aquello.

APAKTONE

No se trataba de un viaje corto. Dos meses de navegar y caminar. Por el Madre de Dios abajo, un remar lento y tranquilo hasta puerto Heath, en Bolivia y después Riberalta. Cuando contaban veintidós días de río allí estaba la desembocadura del Orton. En Bolivia quedaba aún un regular movimiento de caucheros y el Orton estaba sembrado de campamentos: Caracoles, Loma Velarde, Estacones, Sinfín, Jógale, Palestina, etc. Quince días surcando el Orton hasta la boca del Tahuamanu y ocho días arriba, tanganeando hasta Iberia. La delicadeza y cariño de Máximo Rodríguez, sus atenciones y el ser paisano fueron el mejor recibimiento. Pese a los requerimientos para que se quedara a descansar, el padre José no estaba cansado y al día siguiente, dejó el Tahuamanu y tomó dirección al río Acre. Pasaron Turquilla donde el único ofrecimiento fueron unas ponas para dormir y siguieron atravesando trochas y quebradas, con todo el tiempo por delante.

Admiraba el padre José aquellos hermosos parajes y escribía en su diario con no poca gracia:

“Sólo nos faltaba que el hambre que llevábamos hubiera estado en buenas relaciones con las Musas. Caminábamos por estrechas sendas a la sombra de los bosques y a las orillas de una quebrada, mis hábiles compañeros y hermanos, mitayaron un picuro. Sobre la verde hierba, a la sombra de espeso ramaje, en breves instantes, estuvo lista nuestra opípara comida, servida en hojas de platanillo, sirviendo de vasos para el agua unos trozos de caña que clavamos en tierra delante de nosotros. Allí sentados, disfrutando de la tranquilidad no interrumpida de los bosques y sin el temor de incurrir en falta contra regla alguna de etiqueta, nos servimos. Al “levantarnos de la mesa” sentimos pisadas de gente muy cerca, apenas alcanzamos a ver dos nativos totalmente desnudos que se zambulleron en la quebrada y huyeron monte adentro”.

Llegaron a Llacta siendo recibidos con los brazos abiertos por don Luis Rahu y más de setenta maritineris que allí vivían. Anotó el resultado de su visita a tan numeroso grupo: “He pasado con ellos los días más felices de mi vida. Ni el mayor delirio de mis entusiasmos apostólicos había podido soñar días tan bellos”.

Para agradecer las atenciones y cariño de los maritineris que llegaron hasta Llacta para saludarle, les prometió ir hasta sus casas y visitar personalmente a su jefe o curaca. Y allí fue para vivir con ellos todo el tiempo que fuera necesario.

Intimó profundamente con Grefa, el jefe del grupo, quien recibió la sorpresa de oír que el Padre le hablaba en su idioma y le hizo confidente de sus problemas. Los meses de viaje hicieron posible que la habilidad del padre José pudiera decir tantas palabras en maritineri, ya que ni un momento dejó de anotar los vocabularios y expresiones de sus guías.

Vivió en aquella soledad, entre ellos y como uno de ellos. Asistió a sus fiestas, a sus tristezas y a sus alegrías, siendo al mismo tiempo su mejor noviciado. Celebraba la santa misa sobre una mesa de pacas y cañabrava y allí les iba explicando el significado de cuanto hacía y la relación de todo aquello con su vida, sus creencias, su trabajo. “El consuelo inefable que experimento en estos momentos es indescriptible. Jamás me pareció haber sido misionero hasta este momento. Jamás he sentido, como ahora, lo que es ser enviado de Dios. En presencia de estos pobres hijos y hermanos míos queridísimos, se me conmueve el alma al no poder cambiar en un instante su situación”.

Grefa preparó fiestas especiales para tan ilustre hermano y visitante. En el atardecer aparecieron las flautas y las tamboras, los bellísimos adornos de plumas y collares, y a la luz de las hogueras todos participaban en la alegría ante la mirada absorta y extasiada del Pepe. Ocho pasos adelante, ocho hacia atrás, los brazos entrelazados, giros en círculo y melodías de un salterio incomparable:

“Qué deseos tan grandes he sentido de que cuantos religiosos y seglares son afectos a nuestro apostolado, hubiesen estado allí presentes para ver y contemplar aquellas sagradas costumbres, tan puras e inocentes”.

Pero hubo que despedirse. Corrieron las súplicas, los abrazos y las lágrimas abundantes. La felicidad de tenerlo cerca, al hermano del alma, se empañó con la dura palabra del “adiós”. Se juraron fidelidad y sobre todo regreso. Tenía ahora que visitar a sus paisanos del Alto Tahuamanu. Grefa le acompañó hasta San Lorenzo. Desde allí, con la gentil compañía de Juan Toranzo, comienza a surcar el Tahuamanu hasta llegar a Estrecho, campamento de Santiago Alba.

Sólo ocho días de canoa, durmiendo en las playas y al llegar los maritineris le obsequian poros de masato con miel de caña y vive con ellos días fraternos. Luego pasó por Canales donde se queda solo con un indígena y en una canoa pequeña solamente útil en aquellas alturas del río. El Padre era el popero y el nativo jalaba con la larga tangana apoyándola en el fondo. Días y noches de soledad y silencio por las playas. Visitas constantes del aguacero que les obliga a refugiarse a ratos bajo unas ramas. Días enteros tiritando y dando diente con diente por las mojaduras, el frío y el hambre, o sudando bajo el sol abrasador y las nubes de mantablanca y zancudos. Así hasta Tungurahua. Allí le llegó la voz de que en las proximidades del río Yaco hay un grupo numeroso de nativos. Ya no hay bosque que se resista, campo a través en dirección al Yaco. Amarrado a la espalda con sogas de monte su ajuar y altar portátil, los zapatos en la mano izquierda y en la derecha un largo palo. Veinte horas de camino a través de trochas y selva virgen.

En las márgenes del río Blanco, afluente del Acre, pasaron los dos peregrinos la noche en una choza quemada y abandonada en medio

de la cual había dos sepulturas recientes. Muy cerca ya vivían los Culinas y de madrugada estaba entre ellos. “Las dificultades de tan larga travesía me habían hecho sufrir un tanto, aunque el Señor las bendijo todas e hizo fructificar abundantemente. Pasé muchos días con ellos, conversando y aprendiendo”.

Cuarenta días de camino le separaban de Quebrada Grande donde fue recibido con alegría por el señor Jaime Morán y un nuevo grupo de maritineris. Allí aprovechó sus creencias en la divinidad y en su dios Samartineri para hablarles de Él. “Confieso ingenuamente que, muchas veces, mientras les hablaba, he tenido que contener mi emoción para no llorar”.

Ya estaba muy cerca el Brasil. Pasó el fundo de Raimundo Salazar y bajando por el Yaco entró en Petrópolis y Maloca de Balserán. Visitó en Brasil detenidamente los puestos caucheros y shiringueros de Amapá, Motún, Guanabara y Reforma, bautizando a los hijos de aquellas cristianas gentes a las que predicó en portugués.

Es muy fácil decir que desde su salida de Maldonado hasta este momento llevaba el padre José solamente tres años por aquellas fronteras. El día 2 de febrero de 1921 comenzó a desandar cuanto había recorrido bajo la lluvia y el hambre, el sol, el cansancio y la fatiga, descalzo por las trochas, con su kepirina a las espaldas y el alma encendida. “Voy a regresar muy otro del que he salido. Las desgracias, contratiempos, sufrimientos del alma y del cuerpo, o lo que es igual, la experiencia de lo que es la vida del misionero, me han cambiado. Nuestro destino pide una grandísima resignación. El ver agotados mis esfuerzos, frustradas mis esperanzas y mis dorados ensueños, entusiasmos fervientes sin realización exterior, sensible, es para dejar el alma sumergida en amarguras.

Esta dolorosa experiencia de mi vida por la que paso no es abatimiento, solamente total desconfianza en mis propias fuerzas y abandono absoluto en la Providencia divina”.

Comenzó el regreso. Los guías brasileños que gentilmente se ofrecieron para acompañarlo hasta el Tahuamanu lo abandonaron, dejándolo solo a ocho días de distancia de la misión de San Lorenzo. Y allí está el Pepe, solito en una balsa de topas, sin saber nadar y con apenas dos libras de fariña. Se vio terminar. El fin de la aventura pareció cuando la balsa, caprichosa, tropezó contra una palizada en medio río y comenzó a sumirse en las crecidas aguas. Se preparó a morir y se agarró fuertemente a un tronco de la palizada con el que llegó a la playa salvándose del entuerto. Adió libras de fariña. Más abajo flotaba su altar portátil muy cerca de la orilla. Gritó todo un rosario de acción de gracias y durmió sobre unas ramas, perdón, se recostó sobre unas ramas para dormir, pero rondaba el tigre con más hambre que él. Podríamos hablar del miedo, verdadero miedo de aquella noche y

las siete que le siguieron a través del bosque, tropezando, cayendo, comiendo raíces hasta llegar a San Lorenzo.

Grata fue la sorpresa de su llegada. Allí le esperaban el padre Juan Suárez Dóriga y fray Pedro Serna, quienes le daban por muerto. Tres años sin encontrarse y allí llegaba el Pepe a quien había que añadir ocho días de insomnio y maltrecho, harapiiento y muerto de hambre. “Después de tan tristes experiencias y de la vida errante que llevo por estos bosques pensaba hacerle algunas peticiones, pero lo simplifiqué y reduzco a una sola cosa: encomiéndeme a la Santísima Virgen; con sólo eso me quedaré tranquilo y me doy por muy satisfecho. Me he convencido que es lo único que me puede aliviar y que muy de veras necesito. Es un verdadero martirio para el misionero, verse enviado de Dios para salvar a estos hijos llevándolos a Él y tener que sufrir no poder vencer todas las dificultades ni remediar todas las necesidades. Durante este largo recorrido, en el cual las aflicciones, amargas y desgracias bien creí que me privarían del uso de la razón o me acabarían la vida, la esperanza en lo Santísima Virgen y la devoción a su Rosario han sido siempre mi mejor compañía, por lo que he salido ileso”.

EL BAHUAJA

Curtido en la selva del Tahuamanu y con el ánimo preparado para seguir trabajando, recibió orden de ir a Maldonado. En su mente una sola idea: almas para Dios. Al precio que fuera necesario y ojalá le pidieran su misma vida.

Comenzó el año 1922 realizando numerosas visitas a los Huarayos del Tambopata o Bahuaja, apoyándose en el vocabulario manuscrito del padre Pío Aza y entregado de lleno al aprendizaje de aquella lengua. Entre tanto su alma sacerdotal dedica mucho tiempo a la colonia japonesa de Maldonado construyendo en ella una hermosa cristiandad. Dictaba clases en las escuelas y por un tiempo fue nombrado supervisor de Educación en el Madre de Dios, cargo de no pocas responsabilidades y preocupaciones. Amasó el barro y la paja para los adobes de la capilla de la misión de San Jacinto y entre tanto sueña con levantar un poblado en el Kuei-ai-bai, Lago Valencia, con escuela, sociedad agrícola, ganadería, etc., para los Huarayos. “Ya ve usted a qué empresas me hallo entregado. Quiero consagrar a cada una todo mi corazón, y como no tengo más que uno, al arrancarlo de una para consagrarme a otra, me duele y sufro bastante”.

Pero lo que atraía su atención en forma total era el río Bahuaja. En él vivían los diezmadados Huarayos y de ellos se debatía por entonces su “ser o no ser”. Años antes, la compañía aurífera y gomera Inca Minning ocupó sus poblados iniciándolos en las labores de la extracción del caucho y como técnicos incomparables los dedicaba también a surtir de caza a los campamentos. Para ello les hicieron el menguado favor

APAKTONE

de armarlos de magníficos rifles con los que abundó el crimen, la masacre, venganzas y represalias.

El doctor gallón y Landa, que fue juez en Maldonado, sociólogo y después ministro de Culto, en su

libro "El hombre de la selva" dice de los Huarayos que son los "más ínfimos en la escala social de cuerpo raquítico, flojos, indolentes, sarnosos, inhumanos y muy inferiores a los monos maquisapas en el cariño a sus hijos". Un destacado oficial era de opinión, al retirarse de la montaña, de que lo mejor sería "exterminarlos a todos totalmente, ya que la patria no ganaba nada, absolutamente nada con ellos". "Triste sino de mis queridos e inéditos Huarayos. Cuando la opinión general así los moteja, yo, que no tengo el honor de conocerlos, tengo por fuerza que escuchar, silencioso y angustiado, triste, de no poder defenderles y me pregunto: ¿Qué he hecho yo por ellos?".

Ahora lo iba a hacer. Del río Inambari llegaron a Maldonado tres nativos Arasairis y cuatro Huarayos del río Naó o Malinowski. Desconocemos por qué medios les llegó la voz, por qué correo y ondas supieron que en Maldonado estaba el padre José y sabía hablar su idioma.

Prepara de inmediato su primera expedición, tanto era su anhelo de llegar hasta ellos. Busca a los conocedores de la zona, entre otros al señor Germán Díaz, y con la aprobación del subprefecto, señor Schiaffino, comienza una colecta para preparar dignamente el viaje. Allá va por las casas de Maldonado, libreta en mano, anotando ofrecimientos y dádivas. Al informar sobre el resultado total de los aportes señala con alegre ironía: "Cero ochenta centavos, salvo error u omisión". Tal era el aprecio que se tenía a los Huarayos y el interés general por ellos.

La expedición, no obstante la "cuantiosa colecta", está en marcha el 22 de diciembre de 1922. Surcaron el Naó encontrando varias chozas vacías donde dejaron algunos obsequios. Volviendo atrás, surcaron el Kuishokuei o río La Torre, pero vanamente. Durante ciento dieciocho días buscaron a los hijos de la selva inútilmente. La única suerte fue la expectación, el hambre, los aguaceros y el cansancio a tiempo completo. El regreso a Maldonado no fue una derrota ya que nadie podría reclamarle otra cosa que los ochenta centavos aportados.

El segundo intento lo preparó la divina Providencia el 23 de mayo. Se presentan en la misión el curaca del Naó, Ihui-poi, el del río Shameso, Etapoy, y dos acompañantes más, Tzehue y Bototo. Ahora ellos quieren llevarse hasta sus mismas casas. Una nueva y rápida colecta, más efectiva que la anterior, le provee de veinte piezas de ropa en la colonia japonesa, cartuchos y pólvora en casa del señor Ernesto Rivero, y unas botellas de miel de caña. Tres días más tarde sube a la canoa rumbo al Naó de sus sueños.

Las cachuelas y correntadas de Baltimore, en el Bahujaja, les amenazan y tienen que pasar dos noches en la playa, hasta que baje la creciente. Sus acompañantes estaban felices y admirados. El padre José se pasaba horas y horas preguntándoles y "pintando" en su libro. Al fin estaba entre ellos. Llegó hasta las cabeceras del Asaja-oja-netiji, sus dominios, allí donde nadie había podido llegar vivo. "No me cansaba nunca de contemplarlos. Era la primera vez que Dios me concedía ver con mis propios ojos, en la lejanía de sus bosques, a los Huarayos, hijos de la selva, y en su salsa. Vestidos con cortezas de árbol, envueltos sus hijos en hojas de platanillo, cocinando en cañas de bambú y exterminados por enfermedades, miserias, odios y pasiones. No sabía cómo agradecer a Dios tan alto favor, me hincué de rodillas, emocionado, y besé el suelo".

Los rostros silenciosos, impasibles, severos y recelosos fueron el primer castigo que recibió por culpa de sus hermanos los blancos y caucheros, pero las primeras palabras "Tzáhua, tzáhua" (soy vuestro hermano menor) rompieron el frío y todo fue gritería y algazara.

Vivió entre ellos días intensos, aprendiendo siempre a amar más a Dios en aquella soledad a la que le había llevado. Perdía la noción del tiempo y del espacio en las largas conversaciones nocturnas y ellos le escuchaban absortos. Al despedirse anotó en su diario: "Por ahora sólo me queda el recurso, al abandonar a estos hijos del alma en tan solitarios lugares, de rezar y santificarme, y mientras tanto no cesaré de clamar para que amanezcan días mejores para esta mi querida familia del Bahujaja".

Al regresar, las cachuelas y remolinos del río arrojaron la canoa contra las peñas, se atoró en la correntada y los mantuvo allí tres horas de angustia, estremecidos ante la inminencia del naufragio. Etapoy y Tzehue salvaron la canoa y los pasajeros del peligro.

Ahora sí el padre José está inmerso en los Huarayos. Los puso en el fondo de su corazón y se entregó a ellos en alma y cuerpo. Hasta once expediciones de varios meses cada una entre ellos, reuniéndolos, extirpando en ellos el odio al hermano y al blanco, olvidándose del castellano y de la historia para construir con ellos un mundo mejor, el de los hijos del río sagrado Bahujaja.

No quedó afluyente ni quebrada por recorrer, grupo por visitar ni penalidad que sufrir. El Kuisho-kuei y el Shameso, el Nishehui y el Ome-aniji le enseñaron que Dios también se llama EYA-KUIÑAJE y mora en las alturas para los Huarayos.

Respondieron ellos a sus desvelos y a su cariño en la medida de sus posibilidades y nada les exigía el Papachí, el "papá verdadero". Este nombre, que ellos mismos le dieron al padre José, fue la palabra mágica que abría las puertas de un trozo del Perú cerrado antes a todo acceso.

Un día llegaban río abajo por el Tambopata siete canoas tripuladas por Shaja-ó, Onajiatekuo, Bakua-tza-hua, Shani, Jonay, Etakuatekua y Kuakuivehue, preocupando mucho a las autoridades portuarias de Maldonado. Ante la orden, varias veces intimada, para que atracaran, uno de ellos con gesto despectivo dijo inmutable: ¡Papachi!, señalando la dirección de la misión de San Jacinto. Al día siguiente el señor prefecto del Departamento comentaba con el padre José: "Usted es aquí el que manda", por más que les dimos orden de atracar, señalaron su casa diciendo "papachi".

El padre José tuvo el don de lenguas en más de una ocasión. No podríamos explicar de otra forma su dominio del idioma huarayo, los largos discursos con los Ñaparis del Ome-aniji y las prédicas con los maritineris y Culinis del Tahuamanu. A cada uno de los hijos de la selva hablaba en su idioma y "todos se admiraban de oírle hablar y entender en su lengua".

Mucho le debe el Perú a este hombre. Por su corazón y su entrega a los hijos de la selva se abrieron estas inmensas regiones del Madre de Dios y se incorporaron definitivamente a la patria.

El año 1924, León Velarde, prefecto del Departamento, dándose cuenta del terrible aislamiento que sufría la pequeña capital de Maldonado, confinada en aquella lejana selva, sin otra vía de acceso que el largo y peligroso río Tambopata o Bahuaja intentó buscar otra comunicación que uniera con el Inambari, saliera por Quincemil a Cuzco y dar paso a un mayor progreso.

Intentarlo antes hubiera sido morir a manos de los indígenas y quizá ahora. Se dio cuenta que tal proyecto habría de ser imposible sin la presencia de los misioneros y concretamente del padre José, intérprete y conocedor de las tribus que forzosamente habría que atravesar en el intento.

Y allá va el padre José con el grupo caminero, no solamente como capellán, sino abriendo trocha, defendiéndose del calor, la lluvia y el hambre, tirando árboles como los demás del grupo. Veintiséis soldados al mando de un sargento y el padre José, levantando puentes, poniendo estacas a cada kilómetro ganado a la selva. Las fiebres y las picaduras de víbora se llevaron varios de aquellos valerosos pioneros a quienes con lágrimas en los ojos vio morir en sus brazos el padre José. Lo que ellos comenzaron es hoy la carretera Maldonado-Quincemil que une definitivamente el Departamento con el resto del país.

A cada kilómetro se acercaban más al reino de los temidos y desconocidos Mashcos. Desconocidos, no por haber creado un legendario imperio de terror y crimen, sino en su propio ser. Y así van el kilómetro 50, el 60, el 90... Tuvieron la suerte de encontrarse con grupos de Arasairis cuyos curacas estaban también atemorizados



por los asaltos de los Mashcos en el ya próximo río Igpave y Karene o Colorado. Kisambari, Huantaiva, Huasikiji y Chindak les ayudaron a orientarse en medio de los terribles aguajales de aquella inhóspita zona.

"El aguajal constituye para nuestra marcha la peor dificultad. A veces lo podemos atravesar a pie, agarrándonos a las ramas, aunque las hormigas que en ellas pululan nos atacan y alocan con sus picaduras. El agua, de color rojizo y oscuro, no potable, hace morada apetecible en aquellos lugares a las boas, sabandijas y cocodrilos. Días enteros hemos pasado en el aguajal, sin poder salir de él por ningún lado y tener que pasar la noche sobre sus aguas colgando las hamacas en dos palmeras, con todos los riesgos. El miedo de ser asaltados por los feroces hijos de la selva a quien nadie había visto y la inmensa distancia a que estábamos de toda civilización se apoderó del valeroso grupo, pero pudo más mi ilusión de encontrar a tan ansiosos hijos y llegamos felizmente a las playas del Inambari."

SHAJAÓ

La desembocadura del río Naó o Malinowski era un punto céntrico y estratégico para la reunión de la mayor parte de las familias huarayas del Bahuaja y del mismo Shajaó, así como la mejor vía de comunicación con los Ñaparis y Arasairis del Inambari. Por ello, y teniendo en cuenta

APAKTONE

las buenas relaciones de todas las tribus con los misioneros, monseñor Sarasola había aprobado allí una fundación en la que se establecerían el hermano fray Manuel García Marina y el padre José.

Había que viajar al Kuisho-kuei o La Torre, donde moraba el amigo Shajaó y su grupo, para avisarles y que ayudaran en la definitiva instalación entre ellos, ya que tantas veces lo habían pedido con insistencia.

Fray Marina, con varias expediciones en su haber, dominando el idioma huarayo, era para ellos un verdadero hermano a quien siempre recibieron con cariño y muestras de finísima atención. A él le tocó en suerte ir a visitar a Shajaó para darle la buena nueva de que, al fin, iban a vivir con ellos en la boca del Naó.

Pocos días antes, el grupo del Naó se había ausentado a visitar a sus paisanos y amigos los Arasairis del Inambari, y, aprovechando su ausencia, Shajaó con varios compañeros de fatigas aparecieron por el solitario poblado. Viendo que sus dueños no estaban, se les ocurrió robarles la canoa y cuantas cosas se les antojaron, largándose a sus dominios del Kuisho-kuei y sabiendo a ciencia cierta de que con ello rompían amistades y que no se haría esperar la represalia. Tenían que estar alerta.

En estas circunstancias es cuando el 3 de marzo de 1926 aparece una canoa por el Kuisho-kuei con el hermano fray Marina y su acompañante Meshi. Temiendo Shajaó el momento de la venganza por el robo perpetrado prefirió atacar, escondido entre los árboles de la orilla, antes que tener que defenderse o huir.

El primer disparo lo sufrió fray Manuel en una mano. Su acompañante Meshi, dándose cuenta del peligro, invitó al hermano a huir por la playa al bosque. Fue entonces cuando, por la espalda, le alcanzó a fray Marina otro disparo y cayó al suelo. Meshi le gritaba ya escondido entre los árboles para que le siguiera, el hermano le contestó que no podía caminar. Al punto rodearon al herido los atacantes Shajaó, Chayo, Shío, Yojajé y Shani. La mujer de Shajaó golpeaba a su esposo con un palo diciéndole "no mates al Tatachí que es bueno", pero allí mismo le remataron acribillándole contra el suelo a flechazos. No pudo hacer nada Meshi, quien escondido detrás de los árboles vio con ojos desorbitados el crimen, ni Pojiasu, la mujer de Shajaó por más que gritaba.

Las mismas mujeres de los asesinos que llegaron al oír disparos y gritos lloraron el cadáver y lo cubrieron con arena en la playa donde había caído. Shajaó decidió huir a las nacientes del río Shameso diciendo: "Tenemos que huir lejos, donde no nos vea Eya-kui-ñaje" (el Todopoderoso que mora en la altura). Meshi, en dos días y dos noches

monte a través consiguió llegar a Maldonado para entregar la fatal noticia.

Nunca lo hubiera imaginado el padre José. Por ello la sorpresa fue grande y el golpe casi superior a sus fuerzas. Tan amados hijos, defendidos por él, arrancaron lágrimas a su corazón. Encontró consuelo a tanta aflicción y motivo suficiente para secar tan amargas lágrimas: "Ahora tengo la prueba palmaria de que Dios acepta y confirma la obra que Él mismo nos encomendó. Mi envidia por el hermano querido, fray Manuel, por su martirio, no tiene límites. Esta sangre no pide venganza, sino perdón para quienes la derramaron. Y si a ellos hemos consagrado nuestras vidas ¡qué menos que Dios nos la pida y la demos gustosos!".

Cuando intenta escribir sobre la vida de oración y trabajo, así como del amor por los Huarayos de fray Marina nos ayuda un poco a ver sus propios sentimientos y su disposición de ánimo fogueado ya en la vocación misionera. "Aquellos días, por disposición del Señor, jamás la misión había estado en mayor pobreza, escasez y penuria de todo auxilio material. Él y yo, solos. A las cinco de la mañana, la meditación y la santa misa. Las seis daban ya en la chacra, preparándola para la llegada de nuestros hermanos del Kuisho-kuei quienes a toda costa querían vivir con nosotros.

Para todo el día teníamos una pequeña ollita de arroz seco al que arrimábamos cada dos o tres días un huevo cocido y que debíamos repartir para nuestros fieles hermanos gato y perro. La cuestión "bucólica" era un problema. Al caer de la tarde, entre dos luces, regresábamos molidos de cansancio, bañados de sudor y con el rosario en la mano rezando por aquellos hijos del alma".

Pasaron los años antes de que se volviera a saber nada de Shajaó. La sorpresa llegó un día con dos emisarios a manos del padre José a quien le transmitieron el mensaje: "Papachí, tú eres bueno. ¿No me harías nada si te visito?". La respuesta no se hizo esperar, le aseguró que los misioneros le habían perdonado hacía mucho tiempo y que sólo deseaban que fuera bueno, pero que no bajara a Maldonado, que siguiera viviendo por donde estaba, ya que las autoridades siempre le buscaban por lo que había hecho.

Tiempo después, confiado en el olvido, bajó a la población y no faltó entre sus acompañantes quien dijera "ese es Shajaó" con lo que no tardaron en prenderle y llevarlo a la cárcel de Cuzco. El padre José nada sabía de la prisión de Shajaó. Desde que recibiera la embajada, en Maldonado, se había internado por la cuenca del Marcapata tanteando el temido Colorado. Recibió aviso de monseñor Sarasola: "Shajaó preso en Cuzco. Búsquelo de inmediato y haga por él cuanto pueda. Preciso que sienta somos sus hermanos y amigos".

Con verdadera emoción corrió a cumplir la orden. Encontró a Shajaó triste, aterido de frío y pensando sólo en la muerte. No podremos describir aquel encuentro. El padre José estuvo durante todo un mes acompañando a Shajaó en la cárcel. Fue un acontecimiento allí, desde el alcaide al último guardián rodeaban al padre José y a Shajaó con la boca abierta escuchando aquel extrañísimo idioma en que ambos hablaban y tan largamente. Le instruyó cuanto pudo y fue el mismo Shajaó quien le pidió al Papachí que lo bautizara. ¡Inefable venganza de fray Marina! Se realizó el bautismo en el convento de Santo Domingo. Cuando el padre José levantó el agua bautismal sobre la cabeza de Shajaó tenía un nudo en la garganta, temblor en las manos y mezcló con sus lágrimas aquella agua regeneradora.

Shajaó fue llevado posteriormente a Puno. Allí no pudo resistir la altura ni el frío. Su lecho de muerte se convirtió en una romería. Todo el pueblo de Puno desfiló por allá. Le atendían las madres misioneras dominicas. Se vio morir y con tristeza llamaba al padre José diciendo a la Madre que lo cuidaba: “Ya no viene Padre, yo morir”. Pocos días después, le dijo: “Madre, si, ya viene padre José” y repitió varias veces: “Tatachí”. Murió apaciblemente el 15 de agosto de 1942.

¿Estuvo allí el padre José? Al menos sabemos que estaba en el río Colorado, pero algo quiso decir Shajaó.

EL LAGO VALENCIA

Los Huarayos del Sonene o río Heath enviaron unos mensajeros a Maldonado preguntando: “El Papachí que ha visitado el Bahuaja, ¿cuándo nos visita a nosotros?”. Atendió el padre José a tan nobles embajadores presididos por Jaa-jahua y decidió visitarlos muy detenidamente en aquellas fronteras con Bolivia.

Diez expediciones hizo al Sonene, que ocuparon cinco años de su vida, viviendo con los numerosos grupos huarayos de aquella zona. En los cinco años de peregrinación cuenta el padre José las anécdotas más hermosas y simpáticas de su diario con los hijos del Sonene.

Entre otras y para muestra indicaremos la siguiente: “En una de las playas del Sonene rezaba mi breviario ante la admiración de mis hijos que miraban, escuchaban, me veían hablar con algún desconocido. Era el día de San Sebastián.

Me preguntan: ¿Con quién estás hablando? ¿Qué te dice ese papel? Yo les contesté muy serio: Dice que han matado un hombre. Nunca se me hubiera ocurrido decirles aquello. Comenzaron a hacer gestos de horror levantando tremenda gritería, creyendo ellos que el crimen había sido el día antes. Me preguntaban: ¿Quién lo mató? Yo seguí entonces la broma y les dije que allí estaba en el papel el nombre, se llamaba Diocleciano. Se

intrigaron más por saber si el tal Diocleciano era peruano o boliviano. Yo solté la carcajada y casi se molestan llamándome mentiroso. Entonces les enseñé una estampa del mártir, amarrado a un árbol y acribillado a flechazos. Corrió de nuevo el griterío y aquella noche decidieron huir todos monte adentro para que nadie les echara la culpa de haber matado a San Sebastián, cosa que hube de impedir aclarándoles todo el hecho en una agradable catequesis”.

En varios años de tanteos y teniendo en su mano el cariño de las tribus del Sonene y del Bahuaja, se aprobó definitivamente fundar la misión para los Huarayos en el bellísimo Lago Valencia. Para evitar el fracaso, el mismo padre José y el padre Gerardo Fernández realizaron un viaje de exploración acompañados de seis familias indígenas. Recorrieron durante un mes todas sus márgenes y al fin escogieron el lugar que les pareció más adecuado.

La fundación del Lago Valencia se consolidó el mes de mayo de 1931, y allí empezó a vivir el padre José con varias familias. Se quedó solo con su hermano fray Francisco Álvarez, ya que su acompañante y fundador el padre Graín fue trasladado pronto a la ciudad de Cuzco. El programa de vida del padre José era muy sencillo:

“Mi alimento es la succulenta patarashca de suri (un gusano de las palmeras asado dentro de unas cañas), fariña de yuca y algún rabito de mono asado. Nuestra base es la divina Providencia y no nos falta. No les escribo más a menudo porque el cansancio es abrumador. Me es absolutamente necesario acompañar a mis hijos de la selva todos los días en los trabajos de la chacra para no morirnos todos de hambre, y esto hace sudar y rinde tanto que quita las fuerzas para todo.

Para que no se enfríe el cariño entre nosotros hemos de comer todos en la olla y mesa común, que suele ser el santo suelo. Comiendo, trabajando y orando con ellos, gozando y sufriendo siempre al lado de ellos se ahonda nuestro cariño mutuo, además de ser la única forma de conocer sus costumbres y creencias a fin de poder acertar en el modo de aconsejarles”.

Su actividad no se limitó al trabajo de la misión. Por largos días y meses recorrió el interminable río Heath y sus afluentes en la frontera con Bolivia, consolidando su tierna amistad con los Huarayos del Ibabi-aniji o río Candamo, los del Dokuei-netiji, el Akuishaji-jaaji, el Toromonas y el Madidi.

“La travesía de aquellos ríos y quebradas con mi fiel acompañante Shemotehue resultó fatigosa y casi agotadora. Nos era forzoso colar el agua con las toallas para poder beberla en los fangales. El murmullo ensordecedor de estos bosques, el silencio de nuestra soledad y tantas veces el bramido de los aguaceros y huracanes fueron nuestros vecinos y compañeros de días y noches”.



Viajó también al Kuisho-kuei y al Shenahuaja aquel hombre, incansable y eterno peregrino de la selva, hablando de Dios y con Dios, con apariencia de trapero y gitano, pero con un “ángel” especial que atraía los corazones de los hijos de la selva reuniéndolos para su mejor defensa al amparo de la misión. ¡Cuántos cientos de nombres extraños, de ríos y quebradas, de amigos y hermanos suyos anotaba en su prodigiosa memoria! Por aquel entonces escribía en una carta al padre Pío Aza:

“Hábleme de los hijos de la selva, de expediciones, de escuelas para ellos, vida entre ellos y a esto le prometo que jamás seré yo quien eche pie atrás y todo cuanto haga y sufra me parecerá poco, porque sentí y siento por todo esto irresistible inclinación”.

Pese a las dificultades naturales la misión del Lago Valencia comenzó a prosperar y aumentar, aunándose los Huarayos alrededor de su Papachí. En tan hermoso paraje comenzaron a aparecer nuevas chozas y tal parecía que la bendición especial de fray Marina se cernía sobre aquella obra. Grandes chacras comunitarias, abundante pesca, armonía entre los diversos grupos ancestralmente enemigos mortales. Un nuevo poblado en busca de un nuevo progreso al amparo de sus propias costumbres.

Al calor de aquella vitalidad preparó el Padre José su Catecismo Huarayo y pudo llegar a lo hondo del alma de sus hijos conociendo sus leyendas y sus mitos en los que buscaba la mano de Dios. No en vano se admiraba el curaca Etapoy, quien solía decir: *“Jikio de-ja eseeja neinei*

esejaya ejijaji oyajayoja jaahuanaje” (Este hombre es paisano nuestro completamente y nos cuida como si fuera nuestro verdadero padre).

Sin embargo, una espina estaba clavada en el corazón del Padre José. El Alto Madre de Dios y los hasta entonces desconocidos y llamados “feroces” Mashcos.

Emprende unas arriesgadas expediciones por el Marcapata y el Araza, visita el río Maniri, atraviesa los ríos de la margen izquierda del Araza: Takunri, Huayacunchi, Notoc, Nushiniscato y Netué. En la boca del Tukununta encontró un grupo de Arasairis quienes se sorprenden al oír hablar su idioma a aquel extraño y le dan noticias importantes sobre los Mashcos, sus enemigos. Tantas fueron las mojaduras, el cansancio y el hambre que cinco de sus acompañantes civilizados, llenos de miedo en las proximidades del imperio mashco, le abandonaron en la boca del Inambari. Siguió él hasta encontrar nuevos grupos Arasairis.

A su regreso, el cansancio no le impidió ejercer su apostolado sacerdotal en las alturas de Marcapata, Sacco, Lazampampa, Canchapata, Layampampa y Tilpa, poblados con cristiandades de la sierra en los que bautizó, celebró matrimonios y predicó en quechua. No llegó a los Mashcos, pero se prometió a sí mismo volver.

“Al recordar uno por uno todos los contratiempos en las empresas que yo me imaginaba de tan risueño porvenir y los sufrimientos que nunca en mi vida experimenté tan intensos y prolongados, hallo que sólo me animaba una esperanza para salir con bien de ellos, la asistencia infalible de la Santísima Virgen y la seguridad de que algún día llegaría a tan amados hijos los Mashcos”.

Cuando regresó al Lago Valencia, centro de sus operaciones, emprendió nuevas visitas al Madidi, a la región de los Mojos y al Ixiamas. Por aquellos días todavía Shajaó, huido por las cabeceras del Shameso, perpetró innumerables fechorías y matanzas, lo que llenó de temor a los pobladores de la misión organizándose una fuga nocturna casi masiva hacia el interior de los bosques por temor a ser asaltados.

“Quedaron algunos en la misión como verdadero consuelo ante la tristeza de ver alejados en los bosques a mis amadísimos hermanos. Un acto más de fe en los eternos designios de Dios y otro de humildad pensando que mis culpas habrían sido la causa de aquel fracaso. Y ¡a reanudar la empresa! Nuevos viajes de día y de noche. A la obra de Dios hay que prepararle el camino con nuestro trabajo y nuestros sudores”.

Su consagración absoluta hizo el milagro de ver reunidos nuevamente al amparo de la misión a todos los fugitivos y muchos más con ellos. Pero Dios le preparaba una prueba más, una entre tantas que acrisolaron su espíritu. El mismo 30 de agosto de 1934, fiesta patronal de Santa Rosa en el Lago Valencia, por descuido en la quema de una chacra cercana se incendió la misión, y no solamente la casa del Padre,

sino que el voraz incendio consumió, en pocos instantes, algunas chozas de los nativos.

“Sentado frente a las ruinas dudaba hasta de mí propia existencia y no era posible que yo sobreviviera a tanta desolación. Oía los lamentos de los pobres huarayos afectados por el incendio y la pérdida de sus casas. ¡Qué triste verse reducido a la imposibilidad de no poder celebrar la santa misa, ni rezar el Breviario! Tantas veces me ha ocurrido esto, unas por naufragios, otras por falta de medios y ahora por incendio.

Ofrezco al Señor el sacrificio de tantas cosas necesarias de las cuales ha querido desprenderme. Resignado totalmente he levantado una chocita en medio de los escombros calientes para volver a vivir nuevamente vida de campaña. Ustedes vayan viendo de orar mucho por nosotros.”

A los pocos meses ya estaban levantadas las nuevas casas y calmados los ánimos. Contó para ello el padre José con unos excelentes compañeros, el padre José Arnaldo y el hermano fray Rafael Sancho, quienes también, sin escatimar fatigas, acometieron los trabajos de reconstrucción. Se sobrepusieron a tan amargas circunstancias y contuvieron las lágrimas mirando al futuro.

Muy cerca del Lago Valencia, en el Madre de Dios, desemboca el riachuelo Palma-Real, llamado por los Huarayos Asou, y Shabuya por los Toyeris. Allí vivía un grupo considerable de Toyeris al que no osaban acercarse ni caucheros, ni industriales o exploradores de género alguno. El padre Arnaldo se aventuró por los jamás conocidos dominios de los Toyeris regresando al lago con cuarenta de ellos, quienes se instalaron en la misión definitivamente.

En el mes de febrero de 1936 realiza el padre José un mes de viaje por el Tahuamanu. Surcó el río Piedras, donde visitó a los ñáparis; pasó al Manuripe y de éste a Firmeza en el Muyumanu conversando largamente con el grupo de Chamas de aquellos centros.

En San Lorenzo e Iberia, ya en el Tahuamanu se entrevistó con Piros, Amahuacas, Campas, Maritineris, Cabiñas y Huitotos. De regreso a su misión del lago se dedica de lleno y como siempre a atender al poblado.

“Tengo en mi escuelita algunos ñáparis, Cocamas, Huarayos y Toyeris. Ya puede usted imaginarse lo buen políglota que debo ser para enseñarles bien a todos y en su propio idioma a cada uno.”

Pero entró nuevamente el demonio para que las cosas no fueran fáciles en la misión. Tres jóvenes ñáparis tuvieron la osadía de robarse tres mujeres casadas y huir con ellas al río Piedras. Los esposos pidieron de inmediato viajar en la canoa de la misión para buscarlos, y el padre Arnaldo se ofreció para acompañarlos, previendo que su

presencia fuera beneficiosa. Veinte días de viaje hasta el Piedras y los encontraron. No hubo violencia alguna. Todos decidieron volver a la misión voluntariamente y pareció que el asunto estaba solucionado satisfactoriamente.

Era el 5 de noviembre de 1937. Junto a la isla Gamitana, ya de bajada por el Madre de Dios, el ñápari Santiago se puso en la popa alegando que el huarayo César no sabía poppear y de repente con el remo descargó un recio golpe sobre la cabeza de César haciéndole una considerable herida. Al momento César, Jayo, Tijé y Huané se lanzaron al agua. Santiago tomó la escopeta y disparó a bocajarro contra el padre Arnaldo y luego lo hizo contra los que nadaban apresuradamente. Sólo se salvó de aquella matanza César, quien, a pesar de la terrible herida en la cabeza, nadó con todas sus fuerzas hasta la orilla y se lanzó monte a través hasta llegar a la misión. Los criminales encostaron en la playa y allí descuartizaron el cuerpo del P. Arnaldo, caído en la canoa y lo arrojaron al río.

“Con el alma en un hilo salí rumbo a la isla Gamitana, donde encontré, en el canto de la playa, parte del cadáver de mi venerado hermano. Deshecho en la más dolorosa emoción le dimos sepultura. Su muerte nos llenó de consternación. Fue la consecuencia obligada de un amor llevado a su más alto grado a los hijos de la selva. Nos alivia pensar en su poderosa ayuda desde el cielo esta pena tan grande de perderle.

Me encuentro anonadado con tan rudos e inesperados golpes. ¿Qué querrá el Señor de nosotros y qué destino tendrá reservado a esta querida misión del Lago?”

Cuando el padre José se encontraba en plena actividad para la conquista de los Mashcos, en el Colorado, los superiores vieron necesario el atender una nueva fundación en El Pilar, cerca de Maldonado, donde se había creado la Obra Benéfico-Social Máximo Rodríguez. Dieron orden de trasladar cuanto había en el Lago Valencia. Tal traslado costó muchas lágrimas, por tener que dejar tan bendita y sagrada tierra, regada con la sangre de mártires y en la que durante doce años se llevaron a cabo esfuerzos sobrehumanos.

En la mente de muchos misioneros se consideró este proceder como apresurado, quedando solamente la esperanza de una futura reapertura. Varias familias de la misión se animaron a instalarse en El Pilar.

En el corazón del padre José Álvarez hay también tristeza por la decisión tomada. Siente aquello como un nuevo fracaso, pero no pierde su heroica confianza.

“Con qué claridad y confusión siento mi insuficiencia espiritual y mi nada. Deseo con toda mi alma, y se lo suplico así a Dios, que vengan pronto otros que me suplan ventajosamente. Pero búsquelos que sean

APAKTONE

verdaderos santos, porque en este apostolado, si no se tienen la fuerza y la luz de la santidad no puede haber acierto en sostener y llevar hacia el Padre, a través de tantos obstáculos espirituales y materiales, a estos hijos de la selva”.

El día 11 de septiembre de 1939 se encontraba el padre José en Lima iniciando, como orientador de ruta, el vuelo inaugural de la aeronave Cóndor hacia Puerto Maldonado. Confiaron en él los pilotos como conocedor de cada palmo de aquella selva.

¿Puede un hombre sentirse fracasado y emprender las más grandes acciones de su vida? ¿Cabe en el espíritu humano, cargado de sufrimientos y contratiempos, después de veintidós años de selva iniciar la más grande gesta de que se tenga noticia? Solamente un impulso divino y sobrehumano podría dar fuerzas para ello y lo tuvo el padre José Álvarez para internarse por el temible y pavoroso reino de los Mashcos donde nadie se atrevía a hacerlo.

HUAMAAMBI

“Después de casi un cuarto de siglo por las selvas del Madre de Dios en busca de las almas, agotadas las fuerzas del cuerpo, y el alma llena de ansiedades, recibo aviso de mis superiores para salir a Lima. En cinco horas de vuelo me veo trasladado, como por encanto, de Maldonado a Lima.

En el santuario de Santa Rosa tengo que abrir bien los ojos para cerciorarme de que en realidad estoy aquí, porque en mi imaginación y memoria no siento más que gritos, voces de alarma y confusa gritería de fauna montaraz.

Más que huellas, ha dejado en mí una segunda naturaleza ese tren, siempre en marcha, de inquietudes y sobresaltos que el misionero tiene obligación de dirigir.

Aparecen vivas y lacerantes en mi corazón las impresiones más vivas, las escenas trágicas de

mi azarosa vida, el recuerdo de los, compañeros caídos en tan noble lucha y en la lejanía de aquellas infinitas soledades.

Alejado de aquellos santificados lugares, siento la vergüenza y la inquietante zozobra del inválido y esto me hace estremecer cuando siento el llamado apremiante de aquellos queridos hijos. Sano o enfermo quisiera regresar pronto, tomar el camino de aquellos bosques.

¡Dios mío, ya que me metes en la cabeza estos propósitos y ansiedades, ayúdame a llevarlos a cabo!”.

Fue el día 28 de marzo de 1940 la fecha en que inicia el padre José Álvarez la aventura de los Mashcos.

La expedición Wenner-Gren, con acrecentada experiencia y años en el continente africano, en el mar de las Indias y en las islas del lejano Oriente, se presenta en el santuario de Santa Rosa para pedir la colaboración de los misioneros dominicos a su viaje al Colorado. Monseñor Sarasola les ofrece al padre José, misionero, conocedor de las gentes, del idioma y con veintidós años por aquellas selvas.

El doctor Paúl Fejos es el alma de la expedición, jefe de ella, hombre de fe, experto científico y conocedor de muchos grupos humanos.

El día 6 de abril, los directivos de la expedición, con el padre José como guía, vuelan en el avión Cóndor sobre las temibles regiones del río Colorado. Pasan y repasan el Piñi-piñi y el Pilcopata, el Colorado y el Pukiri y allí van descubriendo y anotando sobre sus mapas el lugar exacto donde existen casas de Mashcos, poblados Mashcos.

A los pocos días, desde Puerto Maldonado, donde se prepara la gigante expedición, sobrevuelan nuevamente el Colorado, el río Blanco y el Chilive anotando más de cien casas de Mashcos.

Ya se le hacía larga la espera al padre José quien abrió su alma a una inmensa alegría a la vista de tan próxima y segura visita a sus hermanos los Mashcos.

“Les hago presente la necesidad en que la expedición a los Mashcos se halla de oraciones y sacrificios.

El momento de mayor emoción para mí, desde que salí de Lima, fue el verme en mi tierra, rodeado de los míos. Pueden imaginarse cómo al ver a aquellos hijos abrazados a mí, ellos que son el fruto amasado con tantas lágrimas, sudores, y ahora sangre de mártires, se encontró mi alma llena de felicidad y ánimos para emprender nuevas expediciones”.

Un verdadero temor cundía por el Madre de Dios ante los reiterados ataques de los Mashcos en la misteriosa región del Colorado. Asesinatos y masacres sin cuento que corrían de boca en boca formando una leyenda.

Cuando la expedición Wenner-Gren preparó su viaje en Maldonado hubo animación y expectativa. Se trataba casi de formar un auténtico ejército y dar una batalla decisiva. Soldados, técnicos, científicos y un bagaje de sólo veinte toneladas formaban el equipo. Un total de sesenta y nueve personas formaban el ejército a la conquista del inexplorado territorio. Treinta rifles Winchester, dotación completa de balas, escopetas y munición nada más que para nueve meses, etc.

En la mente de todos estaba borrar de la región la angustia y abrirla a la explotación y el progreso. Era voz común que la zona del Colorado

era poco menos que un emporio de oro. Otro Dorado. Los Mashcos constituían el único obstáculo para conseguir tanta riqueza.

Para el padre José sólo cabía un pensamiento, anotado en su diario:

“No es el señuelo del preciado metal que guarda la ingente cordillera, ni los misterios que encierra ese coloso mar verde donde he puesto mi mirada, sino en el hombre de la selva para llevarle un mensaje fraternal, vibrante de cariño, que haga olvidar rencores pretéritos y presentes y le ayude a entrar alegre a formar parte de una patria.”

Entre vítores y aplausos, despedidas tristes, recomendaciones y júbilo general, salió del puerto de Maldonado la numerosa comitiva. En los ojos la alegría del triunfo y en el alma la incertidumbre del porvenir al encuentro con los bravos y temidos Mashcos.

A los veintiséis días de surcada, entre problemas y dificultades por la fuerte corriente del río, la excesiva carga, los aguaceros y las cachuelas, llegaron desde Maldonado hasta la boca del río Colorado. Poco a poco, en cada playa, al recordar y señalar el lugar de crímenes y asaltos, se fue agitando la imaginación de los expedicionarios cada vez que pisaban más adentro en el teatro de tantas escenas sangrientas, algunas aún recientes. Día y noche vigilaban armados los campamentos y desde el atardecer dos poderosos reflectores giraban en todas direcciones. Pasaron así por la boca del Inambari, la quebrada Huitotos, el río de los Amigos y la playa de los Mashcos, donde Fitzcarrald fusilara más de sesenta Mashcos de una sola vez.

El día 20 de junio llegó hasta ellos un hidroavión comandado por el capitán Conterno. En él recorrió el padre José la zona del Colorado, Manu, Pinkén, y Alto Madre de Dios, sobrevolando por encima de sus casas y poblados Mashcos, arrojándoles innumerables regalos. Su desesperación por gritarles cuando corrían alocados a esconderse en el bosque casi le lleva a tirarse por la ventanilla.

Desde boca del Colorado, el 25 de julio se dividió la expedición en dos secciones. El hidroavión en una emergencia había acuatizado en el Karene y la tripulación estableció contacto con los Mashcos en forma pacífica, por el momento. Una sección estudiaría el terreno en forma científica, su topografía y geología y la otra haría exploraciones por las márgenes del río. El día 4 de agosto, el grupo de avanzada se encontró con Pajaja y su tribu en forma amistosa y de inmediato comunicaron por radio con la base. El padre José, ante la sorpresa de los presentes y muy en especial del mismo Pajaja, curaca en el Karene, tomó el micrófono para gritar: *“Pajaja duen huamaambi”* (Pajaja, hermano mío).

El radioperador hubo de decirle al padre José que hablara más despacio, no tan largo y corrido. Pero él no entendió. Era la primera y

feliz oportunidad de lanzar el vuelo en mashco y establecer el añorado contacto. Se prometieron encontrarse muy pronto.

Pero un contratiempo inesperado casi da al traste con toda la expedición. Un grupo de Mashcos, enemigos de Pajaja, atacó a éste y los mismos expedicionarios con tal fiereza y bravura que hubieron de ser rechazados con disparos de mauser. Furiosa gritería, nubes de flechas, heridos y uno de los atacantes muerto sobre la playa fueron el saldo. El doctor Fejos, sumamente afligido y contrariado, ordenó la inmediata retirada. Tardaron tres días en serenarse los ánimos. El padre José, ausente a tan tristes sucesos, consideró necesario internarse de inmediato Colorado arriba. El 9 de agosto estaba en marcha. En cinco horas pasó la desembocadura del Pukive y al día siguiente atracaba su canoa en las playas del río Huepetué.

“A las seis de la mañana del día once celebré la santa misa sobre un tronco en la playa y me emocioné al leer las palabras de introducción:

- Mira, Señor, tu pacto con nosotros y no abandones para siempre a tus pobres hijos. Pocas

horas después ¡los Mashcos a la vista! Dos hombres totalmente desnudos, con seis espinas

clavadas en el labio superior y una chapa redonda de concha en el inferior. Pasaron por medio de mis acompañantes y dirigiéndose a mí me dijeron: HUAMAAMBI. Me pareció flotar. Pronto nos llevaron hasta sus mismas casas donde me esperaba ya Pajaja, mi hermano del alma.”

A finales del mes de agosto se reunió el padre José con la expedición Wenner-Gren, surcó con ellos el Madre de Dios, visitaron el río Pinkén, en el Manu, y de nuevo al Madre de Dios hasta el río Carbón.

Allí se despidió el padre José para regresar a Maldonado y el doctor Paúl Fejos siguió hasta Cuzco y Lima. Aparentemente había fracasado la expedición, ya que ni los estudios científicos prometieron beneficiosos resultados y quedó fallida la reducción de los Mashcos. Fracaso aparentemente, ya que el padre José tuvo la oportunidad de iniciar el jalón más importante de la historia de aquel imperio.

Dos ideas bullían en su interior al llegar a Maldonado: Visitar nuevamente a Pajaja y establecerse con ellos en las cabeceras del río Caichihue, y al mismo tiempo, reunir a los Toyeris del bajo Colorado, a los Huarayos del Naó, a los Ñaparís del Ome-aniji y a los Machiguengas del Pantiacolla.

Fueron días y meses intensos, escribiendo cartas, pidiendo oraciones y sacrificios, preparando con el padre Gerardo Fernández durante ocho largos meses su segundo viaje al Karene.

“Escribo a mi poderoso ejército de retaguardia antes de lanzarme de nuevo a buscar a mis hijos, mis pobres hijos del Colorado.

En las márgenes del Karene los he visto acostarse sobre una túnica de corteza de árbol sobre las duras piedras del cascajal. Repartí con ellos mi ropa, la que me quedaba, porque me emocionó hondísimamente su austero ascetismo. Ojalá que ustedes pudieran ver con la claridad que yo lo veo el abandono en que tenemos a quienes llamamos hermanos nuestros.”

El día 26 de octubre de 1941, después de catorce días de surcada hasta el Colorado, el padre José y el padre Gerardo iniciaban la segunda visita al Karene. En la madrugada los vagos murmullos de los veteranos bosques del Colorado se vieron interrumpidos bruscamente por los gritos atronadores de un grupo de Mashcos, quienes, desde la orilla opuesta, levantando en alto las manos y sacudiendo puñados de plumas, repetían alocados: ¡Huamaambi! Eran los Manukiaris a quienes Pajajaja contó que el hermano de todos ellos regresaría. A los pies del padre José dejaron con alborozo, piñas, plátanos, yuca, papayas, plumeros y collares. Un grupo de ellos les acompañó río arriba, hasta el poblado de Pajajaja. La llegada fue toda una fiesta y no se cansaban de repetirle: *“Daja gioe huamaambi daja gios”* (No eres mentiroso, hermano, no eres mentiroso).

Cinco días permanecieron allí, informándose de todos los grupos que habitaban el Colorado, buenos y malos, amistosos o asesinos. El mismo Pajajaja se ofreció para acompañarles a donde quisieran ir. Por el Madre de Dios viajaron hasta el Manu y el Pinkén donde el padre Gerardo hubo de quedarse atacado de paludismo y regresar con varios hombres a Maldonado. El padre José, con Pajajaja, Huakiorikot, Huayantué y dos Piros del Manu continúa viaje al Serjali, Palotoa, Salvación y río Carbón. Su intención era penetrar por las cabeceras del río Nahuene en el Alto Colorado, y así lo hizo encontrándose con varios poblados netamente Mashcos.

“Estaba ya entre mis añorados hijos. Solo con ellos en las hermosas playas del Nahuene. A pesar de tantas dificultades y privaciones, rendido de cansancio, enfermo y harapiiento, me sentía el hombre más dichoso de la tierra.”

Recorriendo todas las márgenes y quebradas del Nahuene permaneció con los Mashcos hasta mediados el mes de enero. El día primero de febrero de 1942 anotaba en su diario: *“Regresamos sin novedad.”* Pero tal regreso no era la conclusión de sus afanes. En aquellas orillas oyó de muchos grupos de Mashcos y tenía que llegar a todos. Su decisión era reconocer palmo a palmo todo su imperio.

En Lima hubo alborozo y alegría por su proeza. Los diarios publicaron la azarosa expedición de aquel hombre, el primero que, solo, se había

internado en regiones inaccesibles en forma temeraria y jugándose todo. La Sociedad Geográfica de Lima, el 15 de febrero, le concedía la Medalla de Oro “Eulogio Delgado” por su importante colaboración a la geografía nacional y le nombraba Miembro Activo.

El 14 de abril ya estaba de nuevo en marcha tomando como punto de partida otra vertiente: el río Marcapata. La Dirección de Vías de Comunicación del Ministerio de Fomento encomendó al ingeniero Rocha y al padre Álvarez, como guía invalorable, el estudio de un camino adecuado entre La Oroya, en el Valle de Marcapata, hasta un punto navegable del Madre de Dios. A golpe de hacha y machete se abrieron paso, hermanados el técnico y el misionero, por aquellas accidentadas regiones, y siempre bajo la amenaza de ser atacados por los Mashcos, aunque este temor nunca invadió el corazón del padre José.

El 23 de junio, en el río Caichihue, se separaban. El ingeniero por haber cumplido su cometido y el padre José rumbo al Pukiri, afluente derecho del Colorado, para continuar su búsqueda de nuevos hermanos.

Días de dura brega, atravesando quebradas, abriendo trocha al Tukaave y surcando el Pukiri y sus numerosos afluentes, el Huepetué, Sitaapo, Hupembaznué, Huandakue, anotando en sus diarios tantos nombres no consignados en mapa alguno. En repetidas ocasiones casi se vio obligado a trazar una raya en la playa para que le siguieran los valientes y por poco emprende la marcha solo. Ayahuari y Katunda le fueron fieles. La búsqueda no fue vana, al doblar el recodo del Mamanué aparecieron varias casas de Mashcos ante su vista. Gritó a pulmón lleno: *“Huamaambi do okiakate!”* (¡Hermanos, yo he venido!).

“Mandé a mis compañeros sentarse en el suelo y me senté también siguiendo el ritual de los hijos de la selva en visita, sin detenerme un momento gritaba: He venido, hermanos, a visitarlos. Veía moverse entre el bosque las siluetas rojizas de sus cuerpos hasta que uno de ellos, desnudo y altivo, descendió hasta nosotros y nos saludó uno por uno diciendo “Huamaambi.”

Caídas las barreras y los prejuicios, vivimos con ellos varios días estrechando nuestra sincera amistad. Tardé cuatro meses en encontrarlos, pero los doy por bien caminados. Durante los días que viví con ellos, me cupo la suerte de ser su peón, magnífica ocasión de estudiarlos. Arranqué hierbas en su chacra a pleno sol, unas veces sentado, otras de rodillas hasta que el dueño de la chacra me decía: Dakuenta huamaambi (Basta, hermano).”

El regreso hasta el Marcapata no fue fácil, pero sí alegre. Las cumbres del Pacae, Espirene y Nushiniscato les confundieron varias veces y por varios días dieron vueltas sobre el mismo camino, salvándose providencialmente de morir de hambre.

Ahora el padre José conoce el terreno que pisa. Tiene hermanos y amigos por todo el Colorado y sus afluentes, pero sabe que le falta algo, aquellos a quienes los mismos Mashcos tienen verdadero terror; los Amarakairis.

El mes de noviembre del mismo año encuentra listo al padre José para una nueva expedición al Nahuene, Euri y Teneka o Tono. Pasados los peligrosos remolinos del Pongo del Ccoñec, donde años atrás muriera ahogado el hermano fray José Torres, y antes de llegar al Sirene nuevamente se pierde en la selva y está a punto de perecer de angustia y de hambre, desorientado en aquellas soledades. Por fin consigue llegar a las playas del Nahuene, pero allí le aguarda la ingrata sorpresa de que sus hermanos, a quienes prometió volver a visitar, no se encuentran allí y nace el temor de que hayan sido masacrados por los Amarakairis. Llagados los pies y rendidos de cansancio regresan al río Carbón y emprenden la surcada al Euri, Kerus y Tenenka. Su esfuerzo es recompensado con la amigable acogida de los mashcos Huachipairis y su curaca Sarapa. Para la Navidad ya estaban de regreso por Paucartambo.

Visita entonces la ciudad de Quillabamba para entrevistarse con monseñor Sarasola y allí se ve obligado a someterse a una operación quirúrgica de hernia. Su naturaleza fuerte y más su anhelo de viajar pronto para establecer la misión en el Colorado le ayudaron a restablecerse.

En las cabeceras del río Caichihue, afluente del Inambari, en el mes de mayo de 1943 implantó la misión, poniendo como patrono a San Miguel Arcángel, a quien siempre dedicó sus afanes por los Mashcos y en cuyo estandarte ordenó grabar: HONOR A DIOS Y LIBERTAD A LOS MASHCOS.

Era una meta gigante de partida y se lanzó por todos los ríos del Karene a dar la buena nueva a sus hermanos. Durante casi cuatro años, no hubo rincón a donde no llegara, salvo allí donde nadie quería acompañarle, la región Amarakairi. De cada viaje regresaba a la misión del Caichihue con un grupo nuevo de Mashcos, su carga al hombro, deshecha la ropa, lleno de tierra y sudor, con la barba negra larga y revuelta, molido de cansancio, pero siempre animoso y triunfante, derrochando alegría para todos. Allí le esperaba el hermano fray Valeriano Merino. Ya no había secretos para él del Sitaapo al Huepetué, del Tukaave al Pukiri, del Nahuene al Irijko, del Igpave al Karene. Aún tiene tiempo para escribir sobre las tradiciones mashcas, y las leyendas que va recogiendo en cada velada, mientras elabora la gramática y el diccionario Mashcos que más tarde se llevará el río en un naufragio.

“En estas cumbres de mi vida misionera, a donde he llegado después de tantos sacrificios y afanes, al mirar el vasto horizonte que me queda y lejos de mis hermanos Amarakairis, es donde siento con todo pesar



mi ruindad e insuficiencia completas para, poder auxiliar a estos pobres hijos. Sólo el poder infinito de Dios me ayudará a salvar estas distancias.”

Ve pasar lentos los años sin llegar el día de poder abarcar todo el imperio Mashco, y no sabe por dónde comenzar. Recuerda los lejanos días de la expedición Wenner-Gren y consigue de la Fuerza Aérea del Perú realizar varios vuelos rasantes sobre el Apanene, localizando los poblados Amarakairis y arrojando sobre las casas y los patios multitud de obsequios.

Su vida errante por los bosques y los ríos amenaza destruirle, ya no es solamente el paludismo que le hace recostarse sobre los cascajales de las playas para descansar tiritando por las tercianas y para el que muchas veces le falta la amarga quinina, sino una infección latente en la sangre que pone en peligro su vista hasta casi quedarse ciego. Sale urgentemente a Lima, abierta de nuevo, por las largas caminatas, la herida de su hernia y se somete a dos serias operaciones.

Recuperado recorre las ciudades del Perú sembrando alegría y admiración con la vivacidad de sus palabras y sus gestos. Le falta

APAKTONE

siempre tiempo para hablar de sus hijos y es incansable. En Lima, Ica, Huacho, Cajamarca, Trujillo, Cuzco, Arequipa y Puno enciende con su celo a cuantos tienen la suerte de escucharle. Cuando regresa a su misión del Caichihue escribe:

“Vuelvo la mirada hacia tantas almas que con sus oraciones y sacrificios, con sus limosnas y obsequios para mis hijos, me sostienen en la lucha. Contemplando tan bello panorama, arruinado de salud y abatido por tantos fracasos, este pobre misionero siente reanimar sus esperanzas y se complace en comunicarles su próxima salida a las solitarias playas del Kipoznue”.

Intenta una expedición a los Amarakairis, pero apenas ha comenzado, se ve obligado a regresar. Es la época de lluvias y las enormes crecientes del Madre de Dios, con sus palizadas, le impiden avanzar. Pasan los días y cuando prepara su segundo intento es nombrado como delegado para el Capítulo Provincial y tiene que viajar a España. Quedan en la misión el padre Antonio Martín y fray Valeriano. Después de treinta y tres años por las selvas, regresa por primera vez a sus lares paternos, pero tiene prisa, mucha prisa en regresar.

APAKTONE

En España dejó escapar el padre José su venerable sencillez unida a un torrente de amabilidad que rompía en gestos y exclamaciones. Su simpatía no tuvo límites y el recuerdo constante de los Mashcos, la obsesión por volver a su puesto, la impetuosidad de su espíritu renovadamente joven, desconocedor del peligro, sin temor a dificultad alguna y su misma apariencia de misionero desprendido totalmente de su vida, sacrificada únicamente en aras de un solo ideal, ganó a cuantos pudieron escucharle.

Ya en el barco que lo condujo a España tuvo una entrevista con el capitán que le ganó la confianza y el cariño de todos: *“Mi ilustre señor capitán de esta tribu marítima, soy curaca de mi tribu de los bosques y quisiera aprovechar este viaje para dar una charla acerca de ellos”.*

Un día, hablando a los estudiantes y novicios de San Esteban de Salamanca, confesó cuál era la ascesis de su vida: *Confianza ilimitada con Dios y una paciencia aniquiladora con los hijos de la selva.* Su sencillez y jovialidad era propia de los que todo lo ven a la luz de la Providencia.

Su viaje fue el paréntesis previo a la cumbre de su vida misionera. Con motivo del Año Santo 1950 viajó a Roma, donde fue recibido por el Papa Pío XII, no sin protestas por parte del padre José quien se anonadaba y decía que si el Papa debería perder su tiempo en recibir a un salvaje como él. Celebró una santa misa en el santuario de Lourdes y en Madrid fue recibido en audiencia privada por el Caudillo de España.

Pero aquella “tribu” ya no era la suya. Contaba los días y las horas para el regreso y aunque todos querían retenerle era más fuerte su anhelo de encontrarse entre los suyos. El 26 de agosto de 1950 llegaba a Lima y los primeros días de septiembre le encontraron ya en la canoa rumbo al río Manu.

“No he de negarlo, soy extraordinariamente feliz de verme de nuevo en mi selva, caminando con los míos. No obstante una realidad pesa sobre mí: ¡los sesenta! Sesenta años que me es forzoso llevar en las subidas y bajadas, unidos a una serie de cojeras y achaques que señalan una tara en mis agotadas energías y que con frecuencia ponen límite y frenan mis naturales anhelos de la marcha. Me entristece esta dura realidad ya que no puedo estimular con mi ejemplo a los demás en esta topografía accidentada”.

Surca el Alto Madre de Dios hasta la quebrada Mamajapa y atravesando el bosque virgen sale al río Enveznue o Blanco. En sus viajes aéreos había visto las casas de los Amarakairis y como decía su compañero de fatigas, padre Gerardo, con este dato en el bolsillo perdió el sueño. Encontró las ramas cortadas por los Amarakairis en sus paseos por el monte y una emoción viva le anunciaba que allí estaban acercándose definitivamente a ellos.

Lo acompañaban tres Piros, dos Mashcos y dos Machiguengas. A los cuatro días de camino, insomnes y fatigados, se produjo el encuentro que de tan ansiado resultaba increíble. Más de ciento cincuenta Amarakairis, entre hombres y mujeres, avanzaron hacia los intrusos y los rodearon con inmensa gritería. Totalmente desnudos, pintados de rojo achiote todo el cuerpo y rayas blancas cruzadas sobre el pecho, dando saltos y gritos formaron un coro infernal. Llovieron insultos, improperios y amenazas, motejados de asesinos que llegaban allí para matarlos y recibieron los misioneros y acompañantes empellones de aquella horda airada.

Comenzó el despojo, desnudos ya los acompañantes, y todos esperaban el momento de morir asesinados.

“Con toda la ropa que aún llevaba puesta sostuve reñida contienda. Dispuesto estaba a entregársela y acudir al remedio de nuestros primeros padres en el Paraíso”.

La camisa del padre José fue paseada en lo alto de un palo en medio de atronadora algarabía. Nunca se había visto tan cerca de la muerte y a ella se ofreció como final de su agitada vida misionera y como el mejor complemento de tantas ilusiones. No valía la palabra Huamaambi. Cuando estaba a punto de ser despojado totalmente de sus pocos vestidos, uno de los guías Mashcos saltó en su defensa y gritó airado: *Mi papá es anciano (Apaktone), tenéis que respetarlo. Nació otra vez el padre José y allí lo bautizaron.*

Aquella palabra en Mashco, Apaktone, fue la tabla de salvación. Se calmaron los gritos y los saltos, reinó un silencio expectante y el Apaktone rompió a hablar a los Amarakairis y a decirles que sólo habían venido a visitar a sus hermanos y hermanas y a traerles muchos regalos. Aquel atardecer los dejaron solos en la playa. El padre José, consciente aún del peligro, dio la absolución a sus acompañantes y los preparó en voz baja a ofrecer su vida en cualquier momento. Tiritaban de miedo, y los tres Piros, aprovechando la oscuridad de la noche se tiraron río arriba, corriendo desesperadamente por la playa. De madrugada, sabiendo que los Amarakairis vigilaban ocultos en el bosque atronó el padre José aquel solitario lugar con sus voces, gritándoles que eran sus hermanos y que volverían de nuevo a visitarles.

Regresaron presurosos, unos felices de verse libres, y el otro feliz de poder dar la buena nueva del primer contacto con los Amarakairis.

Durante los meses de abril y mayo de 1951 emprende desde Quincemil, varios vuelos en aviones de la TAM. Con cariño se dejaban guiar por el padre José los capitanes. De todos ellos guardó siempre sincero agradecimiento y escribió sus nombres en el diario para tenerles siempre presentes. Así anotó a Luis Conterno, Elmore, Asmat, Insúa y Oscar Roca. Sobrevoló las selvas del Enveznue y del Apanene, por ser los reductos Amarakairis.

En diciembre estaba lista su segunda expedición. Pasó la Navidad entre zancudos del Enveznue y nubes de mantablancas. En el mismo Enveznue el nuevo encuentro con sus amados hijos no fue menos ruidoso. Gritería que parecían amenazas de muerte mezclada con el reparto de regalos hicieron memorable la visita. Durante la noche, el curaca de aquel numeroso poblado envió mensajeros a sus paisanos del Karene, del Sirive, del Apanene y del Kipoznue para que, según creyeron los acompañantes del padre José, asistieran todos a la orgía de la matanza. Como confirmación de ello hubieron de sufrir de nuevo el ser desnudados y vigilados en la playa durante dos largos días. Pasaron las noches y el día sobre el cascajal, ateridos de frío y miedo, mientras que en los amaneceres volvía el griterío feroz: javé-avé, avé-avé!

Cuando llegaron las delegaciones del Sirive, Apanene y Kipoznue, entonces sí se vio morir de nuevo el padre José, se encontró con las manos vacías y sin regalos para ellos. Jamás había imaginado que los Amarakairis fueran tan numerosos y eso que no se había encontrado con todos. La ira y el desprecio acumulado contra los blancos brilló en aquella playa. Para final de tanta angustia, al amanecer del tercer día, el curaca envió con una anciana dos flechas al Apaktone, claro indicio de que se podían ir tranquilos.

Ya en la quebrada Mamajapa, junto al Madre de Dios, aunque desnudos, les volvió el alma al cuerpo. Fue entonces cuando uno de los Mashcos

se explicó afirmando que toda aquella gritería ensordecedora no era otra cosa que alegría por la llegada del Apaktone de quien no querían desprenderse. Un tercer viaje confirmó tal versión y entonces llegó el padre José a la conclusión de que la misión del Caichihue debería ser trasladada al Alto Madre de Dios donde los mismos Mashcos y Amarakairis reclamaban su presencia.

En junio de 1954 se lleva a cabo el traslado. Era el final de catorce años de esfuerzos y tanteos, largas exploraciones y peligros. El lugar elegido fue el río Palotoa, en su confluencia con el Madre de Dios.

Para facilitar la visita del Apaktone, el papá anciano, hasta su mismo río, los Amarakairis del Enveznue abrieron en el bosque virgen una trocha de casi veinticinco kilómetros, con el fin de que Apaktone acertara siempre con ellos y le fuese más fácil el camino.

Y no estaban aún colmados sus sueños. Desde el Palotoa peregrina por el Sue-nue, el Apanene y el Kipoznue. Desde el Alto Karene llega a la misión con grupos Jiptaperis, Kipundirineris y Kisambaeris. En el mes de mayo de 1956, el padre José da a sus hermanos Amarakairis la más grande alegría. Les lleva para que le conozcan a su propio curaca, su Huantupa, monseñor Javier Ariz quien hizo hasta sus mismas, chozas un difícil pero inolvidable viaje.

Nuevas luchas y esfuerzos para consolidar la misión ocupaban la azarosa vida del Apaktone. Pero aún quedaba algo para poner a prueba de crisol su alma misionera. En diciembre de 1957 una terrible inundación arrasa totalmente el nuevo poblado del Palotoa. Casa misión, capilla y chozas bajan flotando por el Madre de Dios arrancando lágrimas de dolor. No hubo ahogados, pero se quedaron todos con lo puesto y lo demás en la correntada. Pareció el fin, pero fue el principio. El nuevo lugar seguro, seguro y definitivo fue la desembocadura del pequeño río Shintuya, un poco más abajo del Palotoa. Allí se implantó el estandarte de San Miguel de los Mashcos y una gigantesca cruz de casi veinte metros de altura, símbolo de la misión que permanece hasta hoy.

Puede cantar el padre José su "nunc dimittis..." Han sido coronados sus esfuerzos y es ya el Apaktone, el papá anciano, de barba casi blanca a quien ama todo el imperio Mashco. Cuarenta años de selva, todos y enteros para aquella obra: Libertad a los Mashcos.

La misión de San Miguel de los Mashcos en Shintuya está en marcha. Desde el Alto Madre de Dios al Inambari no ha quedado ya rincón por visitar. Ha desaparecido el temor a los mal llamados "feroces" nativos y reina la paz en todo el extenso territorio.

Curiosamente podemos ver ahora al padre José Álvarez comenzando de nuevo, con la misma decisión y alegría, con el mismo espíritu joven e indómito de hace cuarenta años, enfrentando un viaje al Tahuamanu.



Ya no es en canoa, ni a pie, ni durante meses. Hasta Iberia llegan ya los bimotores Faucett y allí está el padre José admirando el progreso y recordando sus antiguas andanzas. Aún quedan en aquellas benditas playas amigos y hermanos del alma.

Viajando en canoa por el Tahuamanu, en el silencioso río, y contemplando la exuberante vegetación aún intacta, hace volar su imaginación y su recuerdo hasta las épocas de los más antiguos misioneros.

“Nosotros, por un rasgo de la bondad y misericordia de Dios, hemos sido constituidos en herederos del esforzado espíritu de aquellos misioneros, de su misma vocación.”

El Señor se dignó darnos una pequeña chispa del fuego abrasador que ardía en sus corazones infatigables. Nosotros, misioneros de hoy, venimos en la presente generación con la misión de hacer resonar de nuevo los ecos de su voz extinguida algunos siglos ha, en el cariño y la defensa de los inocentes hijos de la selva.”

Regresa luego a Maldonado y se establece con los amados Huarayos en el Bajo Madre de Dios. Un misionero seglar, el doctor Arturo González del Río, los ha reunido en el Fundo Concepción con verdadero cariño de padre. Faltan muchos y el padre José sueña con el río Heath, el Madidi y el sagrado Bahuaja. Allí bautiza a varios hijos de Shajaó y en días de trabajo profundo prepara y termina el Diccionario-Enciclopedia Huarayos.

Añade años de selva a su vida aún insatisfecha mientras piensa en el extenso dominio de esta jungla y los innumerables hijos a los que ni él, ni sus hermanos de hábito y vocación han podido llegar.

Pero al Papachí y al Apaktone le fallan las fuerzas y su espíritu inquieto se ve reducido a la impotencia de realizar solamente viajes cortos. La canoa, el sol, las lluvias y el frío minan su salud en cada surcada al Bahuaja.

Aún puede volver al Shintuya para contemplar con alegría indefinible y admiración la extraordinaria vitalidad de la misión por la que él ha dado su vida y que llevan adelante sus hermanos de hábito.

En el mes de octubre de 1963 asiste en Lima como figura principal a las solemnidades del Día Mundial de las Misiones. La Radio y la Televisión acaparan la sintonía al presentarle, humilde y sencillo, alegre y hablador, con el celo y la vivacidad de siempre, ligeramente encorvado y pensando siempre en su selva y en sus hijos.

El señor presidente de la República, Fernando Belaunde Terry le condecora, en el Palacio de Gobierno, con la Gran Cruz al Mérito por Servicios Distinguidos en el grado de comendador, y se arrodilla a los pies del padre José para recibir él también la bendición del Apaktone.

“Recibid, señor presidente, en nombre de todos los misioneros de la selva, mis sinceros agradecimientos y la seguridad de que seguiremos laborando hasta nuestro último anhelo.”

Desplegó aquellos días una actividad agotadora. Su fortaleza física, después de casi cincuenta años en las selvas orientales del Perú, era deficiente pero vencida por la férrea voluntad y el espíritu misionero. Charlas, conferencias y entrevistas de varias horas de duración fueron para él cosa fácil. Había ido a Lima para decir a todos que, si quedaba aún una centella de amor a Dios y a las almas, si quedaba aún interés por cumplir el papel de nuestra existencia siendo útiles a los demás, a los más abandonados y olvidados no sería posible descansar y dormir. Había ido a Lima para agradecer la sincera ayuda recibida, fraternal ayuda en tantas y tan largas expediciones, en alguna de las cuales se vio condenado a muerte. Agradecer tantas oraciones y sacrificios que hicieron posible que sus inéditos hijos de la selva estuvieran alegres al pie de la bandera nacional, cobijados bajo sus pliegues y libres, en aquellas fronteras de la Fe y de la Patria.

Nuevamente en Maldonado, con los suyos, preparó un tratado sobre la historia de los Huarayos, sus costumbres, creencias y leyendas.

En la misión de San Jacinto recibió mensajeros de sus amados hijos quienes le contaron que muchos estaban muriendo debido a las enfermedades. Con pena, verdadera pena, y envidia, vio partir el

deslizador rumbo al Bajo Madre de Dios llevando a un misionero. Ya no podía ir él. Aquella mañana regó con sus lágrimas las páginas del diario:

“¡Dios mío! Dame el don de la bilocación para ir al Asou, al Kuisho-kuei, al Madidi y al Shena-huaja donde se me están muriendo mis hijos”.

En el mes de marzo de 1966 recibió de la embajada española en Lima la notificación de haber sido condecorado como Caballero de la Orden de Isabel La Católica, medalla que le fue impuesta solemnemente con motivo de sus Bodas de Oro Sacerdotales, el 26 de julio.

Los cincuenta años de sacerdocio los celebró con profunda devoción. Fueron para él la meta de su vida a la que nunca pensó llegar y que sobrepasó ampliamente desde su última misión. Allí estaba en el altar, durante la solemne concelebración en la que predicó su Huantupa monseñor Javier Ariz.

Dijo de él que era *“el viajero incansable de la selva, el pregonero de sus maravillas y de los valores de sus hombres. Aquel que fue catequista incansable y cuya vida entera es una catequesis; aquel a quien los pilotos invitaban a su cabina para aprender la geografía regional; aquel cuya vida es una auténtica aventura a lo divino. El aficionado a la lectura selecta, amante de las Sinfonías de Beethoven y de las Fugas de Juan Sebastián Bach, que se vio privado de ellas voluntariamente, pasando años de soledad, caminando horas y horas con su rebelde hernia, el rosario en la mano, para decir a sus hijos de la selva: “He venido a decirlos que Dios es papá de todos”. Cuando el Concilio Vaticano II habló del misionero, se refería al padre José Álvarez”.*

Le esperaba el quirófano. Varias intervenciones quirúrgicas delicadísimas descubrieron el resultado del hambre, el cansancio, las angustias y sufrimientos incontables a través de los cientos de expediciones que realizó por las selvas del Madre de Dios. Los médicos y las enfermeras quedaron impresionados por su espíritu de resignación y sobre todo por su buen humor y alegría.

“Pueden comprender que eran necesarios tantos años de vida en mi selva inexplorada. Qué significan el sufrimiento y las privaciones si Él lo quiso.

En las nacientes del río Enckununta, del Alto Inambari, con mis compañeros, cocinamos los mismos huesos de carne tres veces al día durante una semana para dar gusto a los cogollos de cañabrava que comíamos alegremente.

En cuántas ocasiones el hambre y el cansancio me obligaban en las largas caminatas a sentarme cada cinco minutos y cuántas más por

el Asajaaja-netifi, el Sonene, el Kipoznue y el Sue-nué no he podido dormir de hambre. Tan grandes debilidades pasé que a veces ni tenía fuerza para hablar a mis compañeros. Si tantas veces me preparé a morir, qué he de temer en manos tan cariñosas y delicadas como las de mis hermanos los médicos y las enfermeras que se desviven por atenderme”.

En realidad, era su última y más importante misión. Lejos de la selva, pero viviendo en ella. Primero como religioso ejemplar en la vida conventual del santuario de Santa Rosa de Lima, siendo la alegría de todos con su incansable humor y hablando siempre de sus “sarnositos” y “princesas”, quienes le escribían desde Maldonado o desde el Shintuya.

Después le reclamaron las hermanitas del Asilo de Ancianos Desamparados, en cuya Congregación tenía él tres hermanos carnales. En el asilo de la Avenida Brasil, en Lima, guardan las hermanas el secreto de aquella vida, de la última misión del padre José Álvarez, “su misionero”. Charlas y pláticas a las religiosas, largas conversaciones con los ancianos allí acogidos con tan maternal cariño y visitas de todo género, estudiantes de la Universidad, profesores, etnólogos y antropólogos que pasaron por su habitación para recoger el fruto maduro de su experiencia.

Recogía limosnas y obsequios para poder enviarlos a sus hijos manteniendo con ellos estrecha comunicación. Cada vez que recibía carta de la selva era un día de fiesta para las hermanas, quienes participaban de sus recuerdos y de sus alegrías, de sus ansias y de sus inquietudes.

Sus visitas al santuario eran para pasar varias horas de oración en la capilla de la Patrona de sus misiones, viviendo en éxtasis sus años de selva. De sus ochenta años, dedicó cincuenta y tres íntegros a la selva peruana. Con una memoria prodigiosa recordaba constantemente ríos, quebradas, fechas y nombres, anécdotas de toda índole adornadas siempre con gracia encantadora. Cada misionero que visitaba Lima y llegaba a su habitación, en el asilo, recibía el torrente arrollador de sus anhelos, de sus ansias de selva y lo acosaba a preguntas y a consejos.

El día 19 de octubre de 1970, Día Mundial de las Misiones, emprendió la más larga expedición, la más alegre, porque en ella se jugó la vida, toda la vida.

Agonizante, imposibilitado para poder hablar, al nombrarle la selva, Shintuya o cualquier puesto misional, abría sus ojos y afloraba a ellos la vivencia de su espíritu. Estaba viajando al encuentro de sus amados hijos que le precedieron a la casa del verdadero Papá.

CRONOLOGÍA DEL P. JOSÉ ÁLVAREZ

- 1890 Nace en Cuevas (Belmonte-Asturias-España) el día 16 de mayo.
- 1916 Es ordenado sacerdote, el día 26 de julio en el Convento de San Esteban de Salamanca-España. "Cantó" su primera misa, el día 4 de agosto, en su pueblo natal.
Embarca el día 30 de diciembre en el Puerto de Barcelona, vapor "Montevideo", junto con los religiosos: P. José Rodríguez, P. Alberto Rodríguez y el hermano Fray Manuel García Marina.
- 1917 Llegan a Lima el día 21 de enero. Son recibidos en el Puerto del Callao por los Padres Victorino Osende y Esteban Landáburu. Posteriormente, en el Santuario de Santa Rosa, Mons. Ramón Zubieta les da la bienvenida.
El día 17 de marzo, los PP. José Álvarez y José Rodríguez, acompañados de Monseñor Zubieta, emprenden viaje desde la ciudad de Lima hasta Puerto Maldonado, siguiendo la ruta Lima-Mollendo (vía marítima), Mollendo-Arequipa-Juliacá-Tirapata (vía férrea), Tirapata-Astillero (en animales de carga), Astillero-Maldonado (en canoa). Llegan a su destino el día 6 de marzo.
El Padre José Álvarez es destinado por sus superiores a Santa Rosa del Tahuamanu, por lo cual emprende un nuevo viaje, navegando seis días por el río Las Piedras hasta llegar a Lucerna. Desde Lucerna recorre tres jornadas para llegar al río Tahuamanu.
- 1921 Por espacio de cuatro meses, realiza un largo recorrido, partiendo del río Tahuamanu, el Iñapari, Acre, Yacó y Purús. Sufre un peligroso naufragio, se queda solo, y, milagrosamente, puede salir del río. Por playas y montes regresa a Iberia.
- 1922 Realiza numerosas visitas a Huarayos asentados en el río Tambopata o Bahuaja, entregándose de lleno al aprendizaje de su idioma.
Se desempeña como profesor y es nombrado supervisor de Educación en el Madre de Dios.
A fines de 1922, inicia una nueva expedición al río Naó o Malinowski, junto con cuatro huarayos provenientes de ese mismo río. Durante casi cuatro meses recorre los ríos Naó y La Torre, pero sin éxito en su objetivo.
- 1923 El 23 de mayo recibe la visita de los curacas del Naó y Shameso, organizando con ellos una nueva expedición, esta vez con éxito.
- 1924 Forma parte del grupo organizado por el Prefecto León Velarde para abrir el camino que comunicara Puerto Maldonado hasta Quincemil, atravesando zonas cercanas a la región del Karene.
- 1926 El día 3 de marzo es asesinado por Shajaó Fray Manuel García Marina, compañero y amigo del P. José Álvarez, en el río La Torre o Kuisho-kuei.
- 1929 Se inician los contactos y preparativos para fundar una Misión en el Lago Valencia. Este año realiza una expedición desde Maldonado hasta Iñapari, siguiendo el trayecto Cachuela Oviedo hasta Mavila en el río Manuripe; Firmeza, en el río Muyumanu; Tahuamanu, y finalmente Iñapari, en el río Acre.
- 1931 Se consolida la Misión del Lago Valencia, cuando los PP. José Álvarez y Gerardo Fernández se trasladan a vivir a esta nueva Misión.
- 1932 Los PP. Gerardo Fernández y José Álvarez inician una expedición importante en busca de grupos huarayos, recorriendo el río Heath hasta sus nacientes, atraviesan el varadero y pasan a las cabeceras del río La Torre, descendiendo posteriormente por el río Tambopata hasta Maldonado. La expedición dura un mes y medio.
- 1933 Ambos misioneros, de nuevo acompañados por huarayos, emprenden una arriesgada búsqueda por el río alto Tambopata para rescatar a un grupo de personas que estaban en manos de Shajaó, lo cual consiguen con éxito.
Este mismo año se realiza una nueva expedición a Ixiamas, recorriendo los ríos Mamueonetiji, Siwononetiji, Ivavianiji, Tosianiji y Madidi, y posteriormente tres días por tierra hasta llegar a Ixiamas.
- 1934 El 30 de agosto se produce un incendio que consume casi totalmente la Misión del Lago Valencia.
- 1936 En febrero realiza una expedición por los ríos Tahuamanu, Piedras, Manuripe y Muyumanu, llegando hasta San Lorenzo e Iberia.
Acompañado del P. Ángel Santos y Fr. Rafael Sancho, el P. José Álvarez realiza un viaje durante dos semanas por el río Candamo, localizando importantes grupos de Huarayos.
- 1937 Es asesinado el P. José Arnaldo en la isla Gamitana (5 de noviembre), por el Iñapari Santiago.

- 1939 Se inician los preparativos de la expedición Wenner-Gren, realizándose el 11 de setiembre un primer vuelo exploratorio sobre la región del Colorado.
- 1940 El 28 de marzo se organiza la expedición Wenner-Gren, encabezada por Paul Fejos y de la que forma parte el P. José Álvarez. Se inicia en esa fecha con la surcada del río Madre de Dios hasta el río Colorado, donde establecen los primeros contactos con grupos "Mashcos" y su curaca Pajaja.
El 20 de junio re realiza un nuevo vuelo exploratorio recorriendo las regiones del Colorado, Manu, Pinkén y Alto Madre de Dios. El 4 de agosto, uno de los grupos de la expedición contacta con el curaca Pajaja, con el cual conversa por Radio el P. José Álvarez en su propio idioma.
1941 Fracasada la expedición Wenner-Gren, el P. José Álvarez junto con el P. Gerardo Fernández inician una nueva expedición al río Colorado, que se inicia el 26 de octubre. Contacta con el grupo de Pajaja, y permanece con ellos cinco días.
Acuerdan visitar nuevos grupos y realizan juntos una expedición siguiendo la ruta del Madre de Dios-Manu-Pinkén-Palotoa-Salvación-Carbón. Llegan a las cabeceras del Nahuene en el Alto Colorado, encontrándose con otros numerosos grupos "Mashcos". Esta expedición dura hasta el 1 de febrero de 1942.
- 1942 Apenas dos meses y medio después, el 14 de abril, inicia una nueva expedición, esta vez tomando el río Marcapata, con el fin de estudiar la ejecución de una nueva vía de comunicación desde Marcapata hasta el Madre de Dios.
Este mismo año Shajaó es apresado a las afueras de Maldonado y trasladado a la cárcel de Cusco, donde recibe la visita del P. José Álvarez.
En el mes de noviembre inicia una nueva expedición, esta vez al Nahuene, Euri y Tono, pasando el pongo del Ccoñec. Contacta con diversos grupos Huachipaeris.
- 1944 Es destinado a la Misión de Quincemil.
- 1945 Es destinado a la Misión de Inambari.
- 1950 Viaja a España, visitando también otros lugares como Lourdes y Roma, en donde es recibido por el Papa Pío XII.
El 26 de agosto regresa a Perú y de inmediato ingresa al Madre de Dios para organizar una expedición hasta el río Blanco (Alto Madre de Dios) con el objetivo de contactar con los Amarakaeris. Se produce en esta expedición su primer contacto con dicho grupo, y es en este momento cuando recibe por primera vez el nombre de "Apaktone", nombre dado por uno de sus acompañantes Huachipaeris para salir en su defensa.
- 1951 En abril y mayo realiza nuevos sobrevuelos desde Quincemil a la región del Colorado, y en diciembre inicia una nueva expedición al Enveznue. Se produce un tenso contacto con grupos provenientes del Sirive, Apanene y Kipoznue. Ya se inician las labores de creación de la Misión del Caichihue.
- 1954 En junio la Misión provisional iniciada en Caichihue es trasladada al río Palotoa, facilitando así las visitas numerosas de amarakaeris provenientes del Enveznue, y realizando diversas expediciones a los ríos Sue-nue, Apanene y Kipoznue. Grupos Jiptaperis, Kipundirinieris y Kisambaeris se van asentando en la nueva Misión.
- 1956 El P. José Álvarez lleva a territorio amarakaeri a Mons. Javier Ariz, su "propio curaca", visitando el río Enveznue.
- 1957 El mes de diciembre se produce la inundación de la Misión de Palotoa y su casi total destrucción.
- 1958 Se realiza el traslado a la nueva Misión en el río Shintuya, en la cual ya no residirá el P. José Álvarez, pues contaba ya con 68 años y una salud bastante resquebrajada.
En los siguientes años se asienta en Maldonado y visita ocasionalmente asentamientos ubicados en el Tahuamanu, Bajo Madre de Dios e incluso realiza una visita a Shintuya.
- 1963 En octubre viaja a Lima para asistir a las celebraciones por el día Mundial de las Misiones. Es condecorado por el Presidente de la República Fernando Belaunde Terry con la Gran Cruz al Mérito por Servicios Distinguidos en el grado de Comendador.
- 1966 Celebra sus Bodas de Oro Sacerdotales, y es condecorado el 26 de julio por el Gobierno español como Caballero de la Orden de Isabel La Católica.
Desde este año permanece en Lima, donde es intervenido de diferentes operaciones quirúrgicas.
- 1970 El 19 de octubre, día Mundial de las Misiones, fallece en el asilo de las hermanitas de los Ancianos Desamparados..

ESCRITOS DEL P. JOSÉ ÁLVAREZ

- 1920 "Misión de Santa Rosa del Tahuamanu". En: Misiones Dominicanas, N° 6
- 1921 "Una excursión por las fronteras del Perú y Brasil". En: Misiones Dominicanas, N° 10, pp. 286-299
- 1922 "Muerte angelical de una salvaje". En: Misiones Dominicanas, N° 14
"La Virgen del Rosario, Patrona de Maldonado". En: Misiones Dominicanas, N° 15
- 1923 "Una excursión por el Brasil (I)". En: Misiones Dominicanas, N° 16, pp. 560-571
"Una excursión por el Brasil (II)". En: Misiones Dominicanas, N° 17, pp. 596-603
"La Virgen Santísima y la salvajita Aurora". En: Misiones Dominicanas, N° 17, pp. 604-607
"Carta al M.R.P. Vicario". En: Misiones Dominicanas, N° 18, pp. 654-658
- 1924 "Carta al M.R.P. Fr. José Pío Aza". En: Misiones Dominicanas, N° 20, pp. 30-31
- 1924 "Tres excursiones a los salvajes Huarayos (I)". En: Misiones Dominicanas, N° 21, pp. 66-72
"Tres excursiones a los salvajes Huarayos (II)". En: Misiones Dominicanas, N° 22, pp. 107-109
"Carta al Ilmo. P. Sabas Sarasola". En: Misiones Dominicanas, N° 22, pp. 122-123
"Tres excursiones a los salvajes Huarayos (III)". En: Misiones Dominicanas, N° 23, pp. 145-151
"Tres excursiones a los salvajes Huarayos (IV)". En: Misiones Dominicanas, N° 24, pp. 195-199
"Tres excursiones a los salvajes Huarayos (V)". En: Misiones Dominicanas, N° 25, pp. 237-241
- 1925 "Tres excursiones a los salvajes Huarayos (VI)". En: Misiones Dominicanas, N° 28, pp. 349-350
- "Llegada a Maldonado de nuestro Ilmo. Vicario Apostólico". En: Misiones Dominicanas, N° 30, pp. 459-461
- 1926 "Carta del P. José Álvarez". En: Misiones Dominicanas, N° 32, p. 527
"Bautismo y Primera Comunión de una salvajita huaraya". En: Misiones Dominicanas, N° 33, pp. 569-573
"Informe sobre los salvajes Huarayos". En: Misiones Dominicanas, N° 34, pp. 640-648
"Cartas de los misioneros". En: Misiones Dominicanas, N° 37, pp. 759-760
- 1927 "Expediciones al río Inambari". En: Misiones Dominicanas, N° 38, pp. 4-11
"Carta al M.R.P. Fr. José Pío Aza". En: Misiones Dominicanas, N° 38, pp. 32-33
"Un misionero inolvidable". En: Misiones Dominicanas, N° 40, pp. 97-103
"Un hidro-avión en el Madre de Dios y los salvajes". En: Misiones Dominicanas, N° 40, p. 113
"Carta al M.R.P. Fr. José Pío Aza". En: Misiones Dominicanas, N° 41, pp. 158-159
- 1929 "De Maldonado al Acre". En: Misiones Dominicanas, N° 54, pp. 198-202
- 1930 "Nuestras relaciones con los salvajes del Madre de Dios". En: Misiones Dominicanas, N° 60, pp. 171-184
- 1931 "Quince días entre los indios de la puna". En: Misiones Dominicanas, N° 62, pp. 21-25
"Una excursión por el río Arazá". En: Misiones Dominicanas, N° 63, pp. 60-69
"Fiestas religiosas de los indios". En: Misiones Dominicanas, N° 64, pp. 113-116
- 1932 "Creencias y Tradiciones Huarayas". En: Misiones Dominicanas, N° 69, pp. 50-53
"Mitología y supersticiones Huarayas". En: Misiones Dominicanas, N° 73, pp. 230-235
- 1933 "El encuentro de dos civilizaciones". En: Misiones Dominicanas, N° 76, pp. 105-112
"Misión del Lago Valencia". En: Misiones Dominicanas, N° 76, pp. 116-119
"Una semana dolorosa y trágica". En: Misiones Dominicanas, N° 79, pp. 222-227

- 1934 "Carta al director de la Revista Misiones Dominicanas". En: Misiones Dominicanas, N° 83, pp. 158-159
 "Con los huarayos del Madre de Dios. Expedición a Ixiamas". En: Misiones Dominicanas, N° 84, pp. 164-170
 "Una Misión reducida a cenizas". En: Misiones Dominicanas, N° 85, p. 209
- 1935 "Trabajos en la Misión incendiada (Lago Valencia)". En: Misiones Dominicanas, N° 86, pp. 31-34
 "Tres etapas de la vida misionera entre salvajes". En: Misiones Dominicanas, N° 89, pp. 144-149
- 1936 "Una nueva tribu de salvajes Toyeris". En: Misiones Dominicanas, N° 93, pp. 64-67
 "Carta al director de la Revista Misiones Dominicanas". En: Misiones Dominicanas, N° 94, p. 119
 "Notas de un viaje al Tahuamanu". En: Misiones Dominicanas, N° 97, pp. 206-211
 "Carta al director de la Revista Misiones Dominicanas". En: Misiones Dominicanas, N° 97, p. 239
- 1937 "Reportajes huarayos. Los salvajes pintados por ellos mismos. ETAPOY". En: Misiones Dominicanas, N° 101, pp. 128-134
- 1938 "Ejemplar de misionero de la montaña. A la memoria del R.P. José Arnaldo". En: Misiones Dominicanas, N° 105, pp. 47-51
 "Las tribu del Ibabi-Aniji en la misión". En: Misiones Dominicanas, N° 106, pp. 102-112
- 1939 "Niños y fieras. Los salvajes ante la Civilización". En: Misiones Dominicanas, N° 112, pp. 99-105
 "La obra de Dios; fracasos y experiencias". En: Misiones Dominicanas, N° 114, pp. 173-179
 "Navidad triste y Navidad alegre". En: Misiones Dominicanas, N° 115, pp. 212-216
 "Necrología. D. Augusto Vera, de la Misión de Lago Valencia". En: Misiones Dominicanas, N° 115, pp. 239-240
- 1940 "Con la expedición Wenner-Gren al Colorado. Sobre los ríos y las chozas de los mashcos". En: Misiones Dominicanas, N° 119, pp. 125-133
 "Carta al director de la Revista Misiones Dominicanas". En: Misiones Dominicanas, N° 119, p. 154
 "De Maldonado al Colorado: Feliz encuentro con los Mashcos". En: Misiones Dominicanas, N° 120, pp. 173-183
- "Entre los Mashcos. ¡Huamaambi!". En: Misiones Dominicanas, N° 121, pp. 223-235
- 1941 "Carta al Sr. Obispo". En: Misiones Dominicanas, N° 122, pp. 34-35
 "Los Mashcos del Araza". En: Misiones Dominicanas, N° 125, pp. 149-151
 "De nuevo hacia los Mashcos. Con un pie en el estribo: De nuevo hacia los Mashcos". En: Misiones Dominicanas, N° 126, pp. 171-176
- 1942 "Del Colorado al Nahuene. Por las tribus de los Mashcos". En: Misiones Dominicanas, N° 129, pp. 41-59
 "Nueva expedición por Marcapata al Colorado y a los Mashcos (I)". En: Misiones Dominicanas, N° 132, pp. 166-183
 "Nueva expedición por Marcapata al Colorado y a los Mashcos (II)". En: Misiones Dominicanas, N° 133, pp. 209-223
- 1943 "Cuarta Expedición a los Mashcos: Por los ríos Nahuene, Euri y Teneka (I)". En: Misiones Dominicanas, N° 134, pp. 20-29
 "Cuarta Expedición a los Mashcos: Por los ríos Nahuene, Euri y Teneka (II)". En: Misiones Dominicanas, N° 135, pp. 49-59
- 1944 "La Misión de S. Miguel de los Mashcos en la actualidad". En: Misiones Dominicanas, N° 145, pp. 245-256
- 1946 "Creencias y tradiciones Mashcas. Sistemas curativos". En: Misiones Dominicanas, N° 152, pp. 10-15
- 1950 "A nuestro ejército de retaguardia". En: Misiones Dominicanas, N° 176, pp. 265-267
- 1951 "Entre fieras salvajes y salvajes fieras. De Itahuanía al Enveznue". En: Misiones Dominicanas, N° 184, pp. 84-92
 "Honor a Dios y liberación de los Mashcos". En: Misiones Dominicanas, N° 185, pp. 137-141
 "Los Mashcos del Huakunmave". En: Misiones Dominicanas, N° 186, pp. 187-189
 "Peregrinando". En: Misiones Dominicanas, N° 187, pp. 223-226
- 1952 "Hacia las embravecidas hordas amarakaeris". En: Misiones Dominicanas, N° 190, pp. 97-111
 "Carta a la Sra. Graciela Pun-Kay, presidenta del Comité Pro-Mashcos". En: Misiones Dominicanas, N° 190, pp. 114-115
 "Lago Valencia". En: Misiones Dominicanas, N° 191-192, pp. 59-60
 "San Miguel del Colorado". En: Misiones Dominicanas, N° 191-192, pp. 62-66

APAKTONE

- 1953 "Vocabulario Mashco (I)". En: Misiones Dominicanas, N° 194, pp. 22-23
"Al Kipoznue y Alto Colorado". En: Misiones Dominicanas, N° 195, pp. 44-50
"Vocabulario Mashco (II)". En: Misiones Dominicanas, N° 196
- 1954 "Vocabulario Mashco (III)". En: Misiones Dominicanas, N° 200
"Carta a la Rda. M. González". En: Misiones Dominicanas, N° 202, pp. 110-113
- 1955 "Palotoa". En: Misiones Dominicanas, N° 206
"Explorando el Sue-Nue". En: Misiones Dominicanas, N° 209, pp. 381-385
"Visita de cumplido". En: Misiones Dominicanas, N° 210, pp. 416-419
"Carta al M.R.P. Andrés Ferrero". En: Misiones Dominicanas, N° 210, pp. 431-433
"Huéspedes de honor". En: Misiones Dominicanas, N° 211, pp. 451-453
- 1956 "Vocabulario Mashco (IV)". En: Misiones Dominicanas, N° 212
"Dos visitas a Los amarakairis del Enveznue". En: Misiones Dominicanas, N° 213, pp. 55-58
"Creencias y tradiciones de los Mashcos (I)". En: Misiones Dominicanas, N° 216, pp. 177-180
"Creencias y tradiciones de los Mashcos (II)". En: Misiones Dominicanas, N° 217, pp. 210-213
- 1957 "Creencias y tradiciones de los Mashcos (III)". En: Misiones Dominicanas, N° 218, pp. 3-6
"Mashcos ilustres. Simboko". En: Misiones Dominicanas, N° 224, pp. 334-340
- 1958 "Los Mashcos en la antigüedad". En: Misiones Dominicanas, N° 227, pp. 19-35
- "Sueños realizados". En: Misiones Dominicanas, N° 229, pp. 29-34
"Los aviadores nacionales en la exploración de Colorado". En: Misiones Dominicanas, N° 233, pp. 15-22
- 1959 "Acompáñame hasta el Cielo". En: Misiones Dominicanas, N° 235, pp. 66-83
"Por tierras de Colombia". En: Misiones Dominicanas, N° 236, pp. 53-59
- 1960 "Folklore Huarayo". En: Misiones Dominicanas, N° 242, pp. 24-30
"Tradiciones Toyeris-Huarayas". En: Misiones Dominicanas, N° 243, pp. 43-48
- 1962 "Bautizo a los noventa años". En: Misiones Dominicanas, N° 256, pp. 44-48
- 1963 "Timoteo Valdés". En: Misiones Dominicanas, N° 260, pp. 30-31
"Entre los míos". En: Misiones Dominicanas, N° 261, pp. 32-37
"Mons. Zubieta: Causas de su grandeza y aciertos". En: Misiones Dominicanas, N° 263, pp. 8-12
"Shintuya. Fiesta de San Miguel". En: Misiones Dominicanas, N° 263, pp. 32-33
"Discurso por la concesión de la Cruz al Mérito por servicios distinguidos". En: Misiones Dominicanas, N° 264, p. 7
- 1980 "Los Huarayos". En: Antisuyo, N° 4
- 1981 "Vocabulario Huarayo (I)". En: Antisuyo, N° 5
- 1983 "Vocabulario Huarayo (II)". En: Antisuyo, N° 6
- 1985 "Vocabulario Huarayo (III)". En: Antisuyo, N° 7
- 1998 *Apaktone I. Escritos. 1921-1940*. Lima: Colección Antisuyo.
Apaktone II. Escritos. Lima: Colección Antisuyo.
- 2008 *Diccionario Español-Huarayo*. Lima: CCJPA.

